

ULTRAMETRÓPOLIS

LAW SPACE

Ultrametrópolis

Law Space

Espacio el Mundo Futuro/083

PRÓLOGO

La sonda «ultrasónica» lanzó sus invisibles tentáculos a través de la densa masa de nubes, tornando, a trescientos metros por segundo, para hacer que se moviesen las agujas del altímetro automático.

Al mismo tiempo, el radar horadaba la estructura del invisible suelo y, conectado directamente con el piloto automático, impulsaba a la nave, dentro de la órbita que había logrado establecer ésta, impidiendo que pudiese chocar con los altos e invisibles picos de las montañas.

En el cuadro de instrumentos se habían apagado las luces de los cohetes laterales 3 y 6; ahora, con mano enérgica, Gardner oprimió los botones que hicieron cesar el funcionamiento de los restantes, dejando al aparato al solo impulso de la aceleración lograda y, ya dentro de la atmósfera del planeta, entraron en juego las disposiciones aerodinámicas, empezando el planeo, suave, sosegado, con una paulatina y precisa disminución de la altitud.

Tres metros detrás de Patrick Gardner, Thomas, ante los tableros de radar y las sondas sónicas, había ya elegido, en la vuelta «25», una extensión llana y apta para el aterrizaje. Por eso Cowler, el muchachote que le daba la espalda, hacía trabajar el cerebro electrónico que iba a proporcionarle la curva matemática que terminaría, exactamente, mil cuatrocientos metros antes del lugar elegido para que la espacionave se posase; a partir de aquel kilómetro y pico, la nave pasaría al mando del «aterrizador», que la posaría sobre el suelo venusiano.

Gardner, junto a la proa, frunció el entrecejo.

En aquellos diez años de viaje, nada habían descubierto en los planetas y satélites que habían visitado: formas elementales de vida, de las que habían capturado algunos ejemplares, ahora encerrados en los «archivos».

Pero nada más.

Les había dolido no realizar descubrimientos fundamentales y les amargaba la idea de regresar a la Tierra para manifestar que, de acuerdo con las teorías de muchos astrónomos, la vida existía apenas en la cadena de mundos que iban del Sol hasta Júpiter, incluyendo éste.

El «Audaz» había visitado el planeta gigante, había pasado tres años recorriendo la desértica superficie de Marte, sobrevoló la zona ardiente de Mercurio y se posó en la noche helada del otro lado del planeta, donde la luz no ha llegado jamás.

Ahora estaba preparado para posarse en Venus.
Gardner siguió examinando la masa de nubes que envolvía misteriosamente el planeta. La nubosidad era tal que, después de haber descendido hasta cerca de cinco mil metros, aún no se veía nada de la superficie de aquel mundo, que tan celosamente parecía guardado.
Los higrómetros de a bordo marcaban una humedad creciente y los dispositivos anti-bruma no hacían más que lanzar chorros de sales metálicas, en estado micelar, que, al agrupar el agua en exceso, dejaban una amplia zona despejada ante la nave.
Pero, a pesar de todo, el muro nebuloso era como una barrera infranqueable a las ansiosas miradas de Patrick.
James se adelantó hasta llegar junto al piloto.
—¿Qué te parece, Gardner?
—¡Delicioso! ¡Como para coger un reumatismo como jamás se soñó en la tierra! ¿Te das cuenta de que la humedad es de más del cien por ciento?.
—¡Y, sin embargo, no hay precipitación!
—La temperatura alta debe de impedirlo. En la Tierra, con este grado de humedad, llovería a torrentes.
—Debe de ser asfixiante el ambiente ahí abajo.
—Saldremos con espacio-escafandras; no te preocupes.
Y después de una breve pausa:
—¿Sabes que empiezo a aburrirme, James?
—Lo comprendo. Eso es, exactamente, lo que nos ocurre a todos. ¡Nos habíamos hecho tantas ilusiones para este viaje!
—Lo que pasa —dijo Thomas, separando su mirada de los tableros de radar— es que habíamos leído demasiada literatura de anticipación, Yo, por mi parte, estaba seguro de encontrar toda clase de criaturas, muchas civilizaciones y un montón de ciudades fantásticas...
—Si los futuros astronautas no las levantan en los planetas que hemos visitado, no habrá nunca ciudades... ni civilizaciones.
Cowler terminó de leer la tarjeta perforada que acababa de salir por una de las ranuras del cerebro electrónico.
—Es triste —comentó— el hallarse tan solos en el Sistema.
—Claro que lo es —corroboró Patrick—. Porque, aunque no hemos pasado de Júpiter, es más que seguro que no haya nada a ver en los otros planetas exteriores.
—¿Qué quieres encontrar allí? ¿Has olvidado el lado opuesto al Sol, en la visita que hicimos a Mercurio? ¡Hielo, hielo; hielo y desolación! Eso es lo que hallarías en Urano, en Neptuno, en Saturno... ¡Y no digamos en Plutón!
—En fin —sintetizó Thomas—: somos los únicos seres de nuestro Sistema; los únicos seres de ese tipo que hemos dado por llamar humano.
—Ya verás —anunció James— la cantidad de sorpresas que encontraremos en la Tierra, cuando lleguemos.
—¿A qué te refieres?

—A la expectación que desencadenará nuestra llegada. Todos esperarán vernos llegar cargados de monstruos: de marcianos de cuatro cabezas, con jovianos de seis metros de altura...
Thomas lanzó una alegre carcajada.
—¡Lo que me voy a divertir! Cuando vean los cuatro hierbajos que llevamos y esa especie de caracoles que encontramos en Júpiter...
—Y pensar que nos fabricaron armas especiales para defendernos contra la pavorosa «fauna del espacio»...
Un timbre con sordina sonó en aquel preciso instante.
—Nos acercamos a la caída libre —anunció Gardner—. Tomad asiento y poneos los cinturones de seguridad.
Obedecieron.
Al terminarse la aceleración bruscamente, la nave dio un respingo y se estremeció; pero los automecanismos la enderezaron velozmente, haciendo entrar en juego los planeadores.
A pesar de que la altura iba disminuyendo velozmente, Patrick no consiguió ver más que el espacio abierto que había ante la astronave; la nubosidad seguía siendo tan intensa como siempre.
Luego, de repente, el «Audaz» se inclinó ligeramente hacia la popa, levantando el «morro» y sacando el triple tren de aterrizaje. Momentos más tarde, la nave se posaba sobre el suelo, corriendo sobre él, al tiempo que los cohetes-frenos silbaban rabiosamente, terminando por inmovilizarla por completo.
—¡Ya está! —suspiró Thomas.
Se soltaron los cinturones, estirándose glotonamente. Sólo Gardner, que también se había levantado, estaba junto al «plexi» de proa, echando una ojeada a todo lo que le era posible ver.
Entre tanto, los otros se estaban poniendo los astro-equipos, deseando salir al exterior, aunque no fuese más que por estirar un poco las piernas. Llevaban adaptados a sus curiosos trajes un par de esferas en la espalda, entre las que pasaban los tubos de oxígeno, destinadas a establecer, en cualquier ambiente, una gravedad igual a la de la Tierra, de un valor de «g», aproximadamente igual a la unidad.
—No olvidéis las armas —dijo Gardner. Thomas volvió a reír, como solía hacerlo, a carcajadas.
—¡Qué miedo! —gritó sonriente.
James inquirió, volviéndose hacia el piloto:
—¿Es que no vienes con nosotros, Patrick?
—No. Alguien tiene que quedarse aquí, poniendo en orden las cosas. Voy a calcular, además, la órbita de salida.
—¿Tan pronto nos vamos?
—¿Es que no queréis regresar a casa?
Cowler asintió con la cabeza.
—Sí. Todos nosotros estamos deseando volver. Cuando salimos de la Tierra,

ninguno de nosotros había cumplido veinte años. ¿No os habéis mirado al espejo en todo este tiempo? ¡Tengo las sienes llenas de canas!
—¡Han sido diez años!
—Ya es hora de volver. Hay muchos jóvenes que están deseando salir de viaje. Hemos de dar a los muchachos su oportunidad. Con todos los datos que hemos obtenido, tendrán muchas más facilidades que nosotros.
Se pusieron las escafandras y Gardner conectó el altavoz con el que se comunicaría con ellos, mientras estuvieran fuera.
—No hagáis ninguna bobada, ¿eh?
—No tengas cuidado —contestó Thomas por el micrófono—. Seremos muy formalitos.
Desaparecieron al pasar a una de las cámaras intermedias. Desde donde estaba Patrick oyó el rumor de los motores que abrían las esclusas, dejando que la espantosa humedad de Venus penetrase en la cámara intermedia; luego, un par de minutos más tarde, oyó el «clic» que le anunció que la puerta exterior se había cerrado.
Se asomó a la proa, viéndolos aparecer como esperaba. Thomas le hizo un gesto amistoso con la mano.
—¿Qué tal por ahí? —inquirió el piloto, acercándose al micrófono.
—¡Delicioso! Para británicos, como nosotros, esto no es más que una sucursal de Londres... ¡Un «puré de guisantes» de primera, amiguito!
Y después de un corto silencio:
—Hasta luego.
—Comunicaos frecuentemente conmigo.
—De acuerdo.
Se los tragó la nubosidad y Gardner retrocedió, hasta sentarse ante el cerebro electrónico. Con un gesto mecánico, empezó a teclear los datos que necesitaba para calcular la velocidad de escape y la órbita de salida del «Audaz».
La idea de volver a la Tierra le inundó con un agradable calor que le recorrió las venas.
Deseaba descansar.
Con toda seguridad, aprovecharía las vacaciones que le concederían los directivos de la «Astro and Co.» para escribir un libro sobre aquel viaje, ya que, a pesar de que no habían hallado lo que esperaban, poseían datos, recogidos en todos los planetas visitados, de gran interés y que iban a hacer posible el desarrollo de los viajes y la colonización de los astros del Sistema.
Los yacimientos de los minerales preciosos abundaban extraordinariamente. Y el uranio estaba representado, sobre todo en Júpiter, por masas como jamás se había atrevido a soñar nadie.
Vibró el altavoz.
—¿Me oyes, Gardner?
Patrick se acercó al micrófono.
—¿Ocurre algo, Thomas?
—Nada de particular, muchacho. Esta maldita niebla nos impide ver nada;

pero creo que puedes evitarte la molestia de salir. Aquí, como en los otros planetas que hemos visitado, no hay nada.
—¿Nada?
—Es decir; hemos encontrado algunas plantas, casi enteramente cubiertas por unas babosas minúsculas; aunque Cowler se ha empeñado en que son gusanos... ¡Los hay por miles!
—Recoged algunos.
—¿Algunos? Las hojas de las plantas están tan llenas de ellos que, al principio, creímos haber encontrado la primera cosa original.
—¿Por qué?
—Porque nos pareció que las hojas eran de color blanco. ¡Fíjate si había bichos de ésos!
—¿Vais a volver en seguida?
—No tardaremos mucho. James ha descubierto un pequeño valle, aquí, a mi izquierda y vamos a explorarlo someramente. El pobre James pasea la nariz por el suelo, deseando encontrar huellas de animales grandes. ¿Sabes a quién me recuerda?
—¿A quién?
—A Robinson Crusoe; pero el pobre se quedará con las ganas.
Y después de una pausa:
—Corto. Patrick; esos dos animales me han dejado solo y no quiero tener que empezar a llamarles a gritos... ¡No me oirían!
Y soltó otra de sus joviales carcajadas.
Patrick volvió junto al cerebro electrónico, sacando las tarjetas de una manera mecánica.
Pensaba en el estupendo carácter de Thomas, el único de la expedición que había dejado en la Tierra una mujer y un pequeño. Sin embargo, era el más jovial, el más despreocupado y el último en fruncir el ceño cuando la nostalgia destrozaba la moral de sus compañeros.
Después de leer las respuestas que la máquina acababa de darle, Gardner pasó a la cámara de los cohetes y repasó detalladamente el estado de las cargas y la tensión atómica de los reactores. La pila atómica, al final de la galería que conducía casi hacia las toberas, reclamó su atención durante largo rato.
En el aterrizaje en Mercurio, la astronave había chocado violentamente, de cola, con una masa de hielo y Gardner se había visto obligado a cerrar, con una mezcla «ad hoc», una amplia fisura que se había abierto en el blindaje de la pila.
Examinó detalladamente el estado de la soldadura, sonriendo complacido, ya que todo estaba bien y las vibraciones no habían movido ni una molécula de la «pasta» que se extendía desde uno a otro de los bordes de la fisura, que se dibujaban aún perfectamente.
Encendió un cigarrillo, aprovechando el tiempo para echar una ojeada a las cámaras de alimentos, a los almacenes y a los «archivos», en los que había metido todos los ejemplares de la fauna y flora que habían hallado en los

mundos visitados.
Examinó los extraños caracoles que habían encontrado en Júpiter donde, influidos por los datos colosales de los escritores de novelas de fantasía, esperaban encontrar tremendas criaturas, como las que habían poblado la Tierra en los albores de su historia...
Satisfecho de su detenida inspección, fue cerrando las compuertas automáticas, oprimiendo botones.
Y regresó a la cabina de mando.
Sin saber exactamente por qué, le desagradó el profundo silencio que reinaba allí. Hizo cuanto pudo por dominar aquella sensación que se iba filtrando en su espíritu; pero no lo logró.
Acercóse al «plexi» de la proa y lanzó una inquisitiva mirada hacia el exterior.

La bruma se arrastraba sobre el suelo, deshaciéndose, en la parte inferior, en largos jirones que quedaban atrapados a objetos que no podía distinguir nítidamente desde lo alto de la torreta.
Estaba dispuesto a llamar a sus amigos, pero, siempre luchando contra la creciente angustia que le invadía, se dijo que estaba dejándose llevar por un estado de nervios que haría que Thomas lanzase una de sus clásicas carcajadas.
Sonrió, venciendo al fin la opresión que sentía. Y, con un nuevo estado de ánimo, terminó de preparar los datos de la salida de Venus. Deseaba ardientemente alejarse de allí e ir acercándose a la Tierra, a cuya vista se sentiría completamente tranquilo...
¿Tranquilo?
Tornó a pensar en la intranquilidad que sentía; pero esta vez, ya ganado definitivamente por la angustia, se levantó, dispuesto a ordenar a sus amigos que volviesen inmediatamente.
En realidad, debían de haberse quedado mucho más tiempo en Venus, si calculaban todos los años que habían permanecido explorando los otros dos planetas; pero lo poco que hallaron era ya algo que les impelía a terminar su viaje cuanto antes.
Iba a pulsar el «llamador», que lanzaría la sintonía a sus amigos, cuando la voz de Thomas se dejó oír débilmente en el altavoz.
—¡¡Gard...ner!!
Se precipitó al micrófono.
—¡Aquí Gardner! ¿Ha ocurrido algo, Thomas?
Un silencio desesperante.
—¿Me oyes, Thomas? ¿Me oyes?
Luego, la voz, siempre débil del otro, como si estuviese muy lejos.
—No salgas, Patrick; es inútil... No salgas...
—Pero, ¿qué ha pasado?
—Vete, Gardner; cuanto antes mejor.
—¿Qué ha ocurrido, Thomas? —insistió Patrick, con una angustia que le

causó un daño físico.
—Vete...
—¿Y los otros? ¿Y Cowler y James? ¿Dónde están, Thomas?
Otro silencio, afortunadamente más corto que el anterior.
—Han muerto...
—¿Eh? ¿Dónde estás? ¡Salgo Inmediatamente!
—No; no lo hagas. Ya te he dicho antes que es completamente inútil.
Gardner sintió que la sangre se le helaba en las venas.
—¿Dónde estáis? ¡Voy a ir a buscaros!
—No. Escucha, Patrick... ¡No abras la astronave!
—¿Por qué?
—Los gusanos...
—¿Qué?
—Lo que te dije. Aquellas asquerosas bestias, pequeñas como el dedo meñique, que cubrían las hojas de las plantas.
—Sí. ¿Os han atacado?
—Se están acabando de comer a Cowler y James... Aquí, delante de mí...
Patrick ahogó un grito de horror.
—¡Thomas!
Y, ante el silencio terrible, alucinante:
—¡¡Thomas!! — gritó desesperadamente.
La voz volvió a dejarse oír.
—¡Vete, Patrick! ¡Vete!
—¡Voy a por ti, Thomas! ¡No te desesperes!
—¡No; no vengas! —y con un tono de voz, burlón, que hizo que las lágrimas asomasen a los ojos de Gardner—. No me gustaría que me vieses... sin manos ni pies. En cuanto acaben con los otros, vendrán a ayudar a los que, por el momento, me están tomando como aperitivo...
—¡Thomas!
—¡Vete, Patrick! ¡Vete, por todo lo que más quieras! ¡No se te ocurra abrir la astronave! ¡Si entran, estarás irremisiblemente perdido!
Gardner había manejado, con temblorosas manos, los radiogoniómetros, determinando exactamente la dirección de donde llegaban las ondas procedentes del micrófono de Thomas.
Se tiró a los mandos y la astronave, quince segundos después, rodaba lentamente, sobre su triple tren de aterrizaje, hada el lugar donde con toda seguridad se hallarían aquellos desdichados.
Con los dientes apretados hasta hacerse daño, Patrick guió el colosal mastodonte metálico...
Hasta que los vio.
Es decir; hasta que vio los tres espacio-trajes, *vacíos como esas conchas de caracolas que se encuentran en las playas...*
Dentro, ya no había nada.

Sí, Patrick vio que, de por entre los intersticios de las costuras electrónicas, *que aquellos seres habían perforado,* salían, por cientos, por miles, por cientos de miles, los *horrendos gusanos que,* después de su alucinante banquete, *tenían un grosor doble del que había dicho el pobre Thomas.*

CAPÍTULO PRIMERO

A MEDIDA que el globo terrestre aumentaba de tamaño, los ojos enrojecidos de Patrick se abrían un poco más, como si desease ir adivinando, más que viendo, los detalles de aquel mundo amado, en el que se posaría horas después.

No se atrevía a mirar hacia atrás.

Las dos veces que lo había hecho, al despertarse bruscamente de aquella especie de sopor que se había apoderado de él -llevaba cuarenta y ocho horas sentado en el sillón-, se estremeció, no pudiendo evitar que los sollozos le sacudiesen con un hipo espasmódico y hasta doloroso, que le había dejado una punzada en medio del pecho.

Porque, al volverse, había visto la larga cabina completamente vacía, con los sillones de sus tres desdichados camaradas sin ocupar...

Por eso, despreciando la exactitud de los aparatos que tenía a la espalda, se había empeñado en guiar la astronave sin recurrir a ellos, con tal de no tomar asiento en los sillones de los otros.

¿Cuántas veces había pensado en lo que tendría que decir a las familias de sus amigos?

Entornando los ojos, recordó la alegre fiesta de la despedida, que se había celebrado en un céntrico hotel londinense. Allí había conocido a los padres de Cowler, aquellos dos viejecitos sonrientes y amables, cuyas manos temblaban y cuyas húmedas miradas no se separaban del rostro enérgico y simpático de su hijo.

Allí conoció a los jóvenes padres de James y a sus bulliciosos hermanitos, que no hacían más que preguntar a troche y moche por todo lo que pensaban encontrar en el viaje, reclamando recuerdos, que iban desde una piedra de Mercurio hasta un unicornio de los desiertos de Marte.

Y allí había conocido a Herma, la deliciosa esposa de Thomas, que llevaba un bebé -Lewis- de cuatro meses en los brazos.

Habían reído, charlado y hasta cantado, antes de que la hora de marchar llegase, y aquellas imágenes renacían ahora, con una nitidez que subrayaba dolorosamente su recuerdo.

Llegó a la conclusión de que no debía prevenir al espaciódromo londinense de su llegada, al menos hasta que estuviese ya sobre él. No quería que la noticia se extendiese demasiado pronto.

Ya tendría tiempo después, mucho después, de enfrentarse con la realidad de tener que ver aquellas miradas ansiosas, de escuchar las preguntas, de leer en los rostros la expresión de una incredulidad a la que se aferraban locamente las últimas esperanzas.
Tendría tiempo, mucho tiempo, de abordar aquella dolorosa realidad.
La Tierra ocupaba ya la totalidad del horizonte visible. Había dejado atrás la Luna, donde fracasaron todas las intentonas de crear una base soñada por muchos países y el «Audaz» se precipitaba ya hacia el planeta, empezando a inclinarse para adaptarse a la «órbita de llegada».
Patrick vio el dibujo claro de los continentes, la masa verdoso-azulada de los mares y de los océanos.
¡¡La Tierra!!
Se imaginó sin dificultad lo que los hombres de otras épocas habían pasado y experimentado: la sensación maravillosa de volver a ver, después de una larga ausencia, su pueblo o ciudad natal, la frontera de su amado país. Para los astronautas, el concepto estrecho del patrioterismo había desaparecido, y la Tierra entera, el. hermoso planeta, era como una inmensa patria que se anunciaba gloriosamente desde la negrura densa del espacio.
El «Audaz» penetró en su órbita.
Patrick se vio obligado a abandonar su sillón, era la primera vez que lo hacía desde que abandonó Venus, tomando asiento ante los «servo-mecanismos» que iban a tomar el mando para hacer posible el aterrizaje.
Gardner se había fijado en que Londres estaba en la zona oscura de la Tierra, lo que quería decir que iba a hacer un aterrizaje nocturno. En otras circunstancias, si ellos, sus camaradas, hubieran estado a su lado, habrían esperado la luz del día y hubiesen lanzado mensaje tras mensaje para que el recibimiento -que merecían, sin ningún género de dudas- fuese lo que tanto hablan soñado juntos.
Pero ahora, al regresar sin los otros, en una soledad que nadie podría imaginar, Patrick estaba contento de que la noche cayese sobre Inglaterra, lo que le facilitaba un aterrizaje anónimo, con una reducida y formulista recepción, seguida de muchas horas de sueño, que era lo que necesitaba ardientemente.
Abandonando el mando a los «servo-mecanismos», se dejó caer sobre el sillón de Thomas, cerrando los ojos.
Intentaba, esforzándose locamente en lograrlo, olvidarlo todo, poder centrar su imaginación en algo nimio, fútil, intrascendente, que le alejase de la insoportable tensión moral que había soportado durante todo el viaje de regreso.
Él era el único de todos sus amigos que había estado solo en la célebre fiesta de despedida. Huérfano de padre y madre, había sido recogido, muy joven, por un tío inmensamente rico, pero que se preocupó muy poco del lado sentimental de su vida, limitándose a pagar sus costosos estudios en la Universidad de Astronáutica londinense.

Cuando su tío murió, Gardner lo había sentido dentro de los límites que le permitían lo poco que lo conocía, ya que fuera de las grandes ocasiones jamás había pasado más de veinticuatro horas a su lado.
Quizás había sido aquella soledad la que le había curtido de tal manera; pero, en el fondo, tratando el asunto con lealtad, Patrick había llegado a envidiar a todos los que podían encontrar unos brazos donde cobijarse en esos momentos en los que un hombre, por muy endurecido que sea, no tiene más remedio que solicitar la limosna de una palabra cariñosa para seguir viendo la vida como algo aceptable.
La lámpara le señaló que el «Audaz» entraba en el último tramo de su órbita, lanzándose hacia el espaciódromo de Londres.
Desde el principio le extrañó la falta de llamadas en la radio; luego, cuando los trenes de aterrizaje chocaron violentamente contra la pista, experimentó una sensación que agudizaba su extrañeza, ya que la astronave botaba de una manera inaudita, como si la pista estuviese llena de baches.
—¿Se habrá equivocado el «servo-mecanismo»? —se preguntó en voz alta.
Y corrió hacia su puesto de piloto, dispuesto a echar una ojeada al exterior.
Fue entonces cuando el brutal choque se produjo. Patrick no llegó hasta su sillón. Una invisible mano, con una violencia extraordinaria, lo tiró hacia un lado, haciendo que su cabeza golpease contra el reborde de una de las pantallas de radar.
Perdió instantáneamente el sentido.

* * *

Un dolor intenso repartido por todo el cuerpo le impidió el menor movimiento durante los primeros minutos que sucedieron a la recuperación del conocimiento.
Tardó mucho en incorporarse, y lo fue realizando por fases, lentamente, hasta que, apoyado en los rebordes de las pantallas de radar, consiguió lanzarse a dar los primeros pasos.
No pensaba en nada.
Si tardó cerca de diez minutos en cubrir la distancia de tres metros que le separaba de su sillón, en el «morro» de la astronave, mucho más tardó en ordenar las dispersas y confusas ideas que, como jirones, flotaban sobre su mente completamente vacía.
Luego, al dejarse caer sobre el sillón, y cuando, tras ímprobos esfuerzos, logró encender un cigarrillo, empezó a coordinar, extrañándose de que nadie hubiese acudido en su auxilio. Normalmente, media docena de ambulancias y coches de bomberos debían rodear la astronave y a aquellas horas habrían perforado alguna de sus puertas, penetrando en el interior en busca de los supervivientes.
Aquello hubiese sido lo normal.
Lanzó una mirada hacia el exterior, comprobando que reinaba una oscuridad

total.
«Seguro que no he aterrizado en el espaciódromo» —pensó.
Aquel pensamiento hubiese sido absurdo normalmente; pero, debido a su lamentable estado de ánimo, era bastante posible que hubiese equivocado los datos orbitales que había proporcionado al cerebro electrónico para que entrasen en marcha los mecanismos automáticos de aterrizaje.
Cuando se hubo recuperado, recorrió la astronave, comprobando que el choque había estropeado todo el lado izquierdo del «Audaz», haciendo imposible toda reparación inmediata.
No le preocupaba excesivamente aquello. Iría hasta Londres utilizando cualquier medio de locomoción, rogando a la policía local que guardase la astronave hasta que el Gobierno enviase a los técnicos para trasladarla a la capital del Reino Unido.
El tiempo que había permanecido sin sentido le había arrancado el sopor y hasta el cansancio, despabilándose por completo. Probó la puerta y vio que podía abrirse fácilmente. Hasta estuvo tentado de abandonar el «Audaz» para ir en busca de ayuda.
Pero prefirió quedarse allí, temeroso de que alguien se introdujese y lo revolviera todo.
Al amanecer se desperezó un tanto.
Sentado en el sillón de Thomas, se había quedado casi dormido y la luz del alba lo despertó; incorporándose velozmente para echar una primera ojeada al exterior desde el «plexi» de la cabina.
Retrocedió extrañado.
¡Estaba en el espaciódromo londinense!
Pero, a pesar de reconocer todos los detalles de aquella moderna instalación situada a diez millas de la ciudad, vio que todo tenia un aspecto de desolación espantosa.
Venció la desagradable sensación que todo aquello le causó, llegando a la conclusión lógica de que el espaciódromo debía de haber sido abandonado y que, en los diez años que faltaba de Inglaterra, debían de haberse construido otras pistas mucho más modernas y espaciosas.
—La memoria de mi cerebro electrónico —se dijo— no poseía más datos de referencia que los del espaciódromo antiguo. Si me hubiese comunicado antes con Londres, me hubiesen pasado las coordenadas de los nuevos campos de aterrizaje.
Sonrió divertido.
Después de cambiarse de ropa con uno de los trajes que no se había vuelto a poner desde hacía una década, se miró en el espejo de la cabina general, pensando divertido en la cara que pondrían los hombres y las mujeres al verle pasar por las calles. Ya que, evidentemente, la moda debía de haber cambiado en aquellos últimos tiempos.
Después de lograr que la puerta se cerrase con bastante seguridad desde fuera, revisó el estado de la astronave y abandonó aquellos lugares, recorriendo el

desierto espaciódromo.
Se convenció de que hacía muchísimo tiempo que todo aquello había sido abandonado.
Una vez fuera del recinto empezó a andar por la antigua autopista, seguro de que en el primer cruce hallaría algún coche que le llevase hasta la ciudad. Le desalentaba aquella soledad, aquel abandono que parecía reinar por doquier. Pero se calmó al imaginar que los nuevos espaciódromos debían de ser maravillosos y que iba a encontrar muchas cosas sorprendentes en la Tierra después de diez años de ausencia.
Al llegar a la carretera se sorprendió nuevamente al notar el mismo abandono y una desolación idéntica...
—¿Habrá habido una guerra? —se preguntó, horrorizado.
Era la única respuesta lógica al aspecto general de las cosas. Y, por lo que veía, la guerra debía de haber sido decididamente perdida por Inglaterra, ya que el estado de las cosas no podía ser más lamentable.
¿Era posible que hubiese llegado a un país pobre, reducido a la más elemental forma de vida, con sus ciudades destrozadas y sus habitantes vagando como fantasmas?
La sola posibilidad de verse obligado a dar sus informes a una extraña potencia vencedora le llenó el alma de hielo. Tanto le dañó aquella idea que estuvo a punto de regresar a la astronave y destruirla por completo.
Fue entonces cuando vio la casa.
La niebla matinal caía, en aquel amanecer turbio, sobre las cosas, recordándole la espantosa bruma de Venus. Rehaciéndose, no obstante y logrando alejar los recuerdos que tanto mal le causaban, empezó a caminar hacia la casa, seguro de que iba a lograr la respuesta a todas las preguntas que le acosaban.
Se trataba de una granja y Patrick penetró allí, siendo recibido por los ladridos de un perro que, al acercarse, movió la cola, mostrándose simpático y acogedor.
Después de la completa soledad que, desde su aterrizaje, le había rodeado, la simple presencia del animal lo llenó de gozo, y lo acarició, notando entonces la tremenda delgadez del can.
Poco después, cuando, tras recorrer el interior de la casa, llegó a la conclusión de que no había ningún ser humano allí, se sintió nuevamente oprimido, preguntándose con una angustia creciente lo que podía haber originado todo aquello.
Al hallar un viejo coche en el garaje se sintió nuevamente dispuesto y no tardó, después de poner gasolina en el depósito, en darse cuenta de que aquel «cacharro» le iba a ser de una utilidad indudable.
El perro daba vueltas a su alrededor, saltando y moviendo la cola con una inusitada insistencia emocionante.
—¡No te preocupes, amiguito! Te llevaré conmigo.
Había registrado la casa, sin encontrar alimento alguno. Las pocas cosas que

contenía la despensa estaban llenas de moho y completamente estropeadas, siendo inutilizables, aun para el animal.
Al sacar el coche de la granja y desembocar en la carretera, Gardner pensó nuevamente en que sólo una guerra podía haber ocasionado cuanto veía.
—Quizá —dijo, dirigiéndose al perro, con tal de poder hablar con alguien— no encontremos mucha comida en un país que ha sufrido como el nuestro. No hay más que verte las costillas, amiguito, para imaginar lo que podemos ver en Londres...
El perro ladró alegremente.
—Sí, ya te entiendo. Iremos a la astronave y llenaremos el coche con las raciones sintéticas de la nave; así podremos viajar con el estómago lleno.
Descargó gran parte de lo que quedaba en los depósitos y dio de comer al animalito, que se hartó materialmente, gruñendo de satisfacción. Mientras, el hombre acondicionó lo mejor que pudo las cosas en el coche y se puso de nuevo en marcha.
La niebla seguía obstinadamente pegada al suelo. El vehículo, una verdadera antigualla, no pasaba de las cuarenta millas y Patrick se consumió de impaciencia, ya que deseaba encontrarse con seres humanos y enterarse de lo que había ocurrido.
Al dar una curva Londres apareció repentinamente, y el joven experimentó una profunda emoción. Luego, decidido, penetró por una de las calles.
NADA.
La ciudad, abandonada, le causó una penosa impresión. En muchos sitios las paredes estaban quemadas y grandes manchones negros marcaban el lugar de los innumerables pequeños incendios.
¿Qué podía haber ocurrido allí?
En contra de lo que esperaba no halló en parte alguna muestras de la violencia de un bombardeo, ya que ninguna casa presentaba desperfectos a no ser los manchones negros que parecían ser la tónica general.
En cuanto a seres humanos, no halló la menor huella.
No se atrevió, no obstante, a detener el coche hasta hallarse en pleno centro, cuando empezó a ver los viejos autobuses londinenses mostrando sus chatarras ennegrecidas, pues en su gran mayoría habían ardido como teas.
Pero aunque los examinó detenidamente, no logró hallar restos humanos que le demostrasen que habían sido atacados cuando iban llenos de gente.
Horas más tarde, cuando hubo recorrido la totalidad de la urbe, volvió hacia Trafalgar Square y se detuvo junto a la fuente central, pues el vehículo despedía una nube de vapor por el tubo del radiador.
Cambió el agua, dio de beber al perro y también bebió él, encendiendo pensativamente un cigarrillo.
Le dolía la cabeza de tanto pensar.
Cuando, al entrar en la ciudad, se había dado cuenta de la desolación que reinaba en ella, llegó a pensar en la posibilidad de una epidemia de peste; pero la completa ausencia de cadáveres parecía demostrar la imposibilidad de

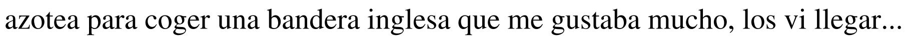
aquella hipótesis.
Cansado, penetró en el vehículo, dispuesto a salir de la. ciudad para pasar la noche, ya que todo aquello no le infundía confianza alguna.
En el preciso instante en que luchaba con el «demarreur» un objeto silbó por los aires, chocando violentamente con el parabrisas, que saltó en pedazos.
Un reflejo rapidísimo hizo que Gardner se moviese, evitando ser herido por el objeto o los cristales que se desparramaron sobre él.

CAPÍTULO II

LA SANGRE se le heló en las venas...
Tuvo rápida conciencia del peligro y echó mano a su pistola electrónica, asomando prudencialmente la cabeza por la ventanilla.
No vio a nadie.
Su primer impulso fue el de poner el coche en marcha y alejarse lo más rápidamente de aquellos insanos lugares; pero un gruñido del perro le hizo pensar en la posibilidad de usar al animal para encontrar, fuese como fuese, al individuo que tan cobardemente le había atacado.
Recordó entonces que le habían lanzado «algo» y, agachándose, lo buscó sobre el viejo tapizado del coche. No tardó en encontrarlo.
¡Una piedra!
Le habían lanzado una piedra, magistralmente dirigida contra el parabrisas. Aquel proyectil demostraba que el atacante no estaba armado, ya que, de poseer una pistola o un rifle, lo hubiese utilizado, logrando un resultado más efectivo.
El perro seguía gruñendo.
Decidido, Patrick hizo salir al animal y con la pistola empuñada empezó a atravesar la plaza, animando al animalito con palabras insistentes.
—¡Vamos, amiguito, tenemos que encontrar a ese granuja!
El animal tonteó al principio; luego, al llegar a uno de los leones que rodean la estatua de Nelson, lanzó un alegre ladrido, comenzando a correr hacia una de las calles vecinas.
Gardner lo siguió a toda velocidad.
El perro avanzaba decidido, sin dejar de ladrar, y le sacó alguna ventaja. Sin embargo, Patrick se guiaba fácilmente por los ladridos. Repentinamente, al llegar a una callejuela sin salida, encontró al perro parado ante una puerta entornada, gruñendo sordamente.
Patrick avanzó con cuidado.
La casa, como todas, tenía la fachada manchada y ennegrecida; el resto no ofrecía anormalidad alguna. Pero, al penetrar en ella, detrás del animal, Gardner vio que lo carbonizado ocupaba la totalidad de las habitaciones; muchos de cuyos objetos estaban reducidos a cenizas.
El perro, que le precedía, se había detenido ante un armario empotrado, cuyas

puertas no estaban cerradas del todo.
Indudablemente, el perrito había encontrado al atacante.
Patrick se colocó ante la puerta, a la que apuntó con su arma; luego, con voz firme:
—¡Salga de ahí! —ordenó—. Si no lo hace, cuando yo haya contado tres, dispararé mi pistola.
Nadie le contestó.
—¡Uno!
El mismo silencio.
—¡Dos!
La puerta se abrió, oyéndose un sollozo. Y Gardner bajó el arma.
Un chiquillo de unos doce años, con los ojos arrasados en lágrimas, le miraba espantado.
—¡No me mate, señor!
Transido de pena, Gardner no reaccionó hasta después de que hubieron pasado unos minutos; después, encontrando todo aquello de una comicidad extraordinaria, rió como no lo había hecho desde mucho tiempo.
—¡Sal de ahí, mocoso!
El pequeño obedeció, sin abandonar su expresión de horror.
—¿Has sido tú quien me ha tirado la piedra?
El niño, pasándose el dorso de la mano por la nariz para limpiarse las lágrimas, asintió con un gesto de su cabeza.
Era rubio, pero estaba tan sucio que sus cabellos, llenos de polvo, ofrecían un lamentable estado. También el rostro y las manos ofrecían las huellas que demostraban una ausencia total de contacto con el agua y el jabón. En cuanto a las ropas que. cubrían el cuerpo del niño, no eran ya más que destrozados harapos.
Pero no era aquello lo que extrañaba al astronauta. Era la presencia insólita de aquel niño en una ciudad que, a todas luces, había sido completamente abandonada.
Iba a preguntarle muchas cosas cuando pensó que aquel pobre niño debía de encontrarse aproximadamente en el mismo estado que el perrito. Éste, después de haber dejado de gruñir -lo hizo en cuanto se abrió la puerta del armarlo donde se ocultaba el muchacho-, se frotaba contra las delgadas piernas del niño, moviendo la cola, lleno de satisfacción.
—¿Tienes hambre? —inquirió el hombre.
—Sí.
—Vamos; tengo comida en el coche.
Tuvo que esperar a que el pequeño engullera glotonamente cuanto le dio, maravillándose de la manera voraz de comer que tenía el niño. Después, al aparecer un ligero sonrosado en las mejillas del pequeño, una sonrisa deshizo la mueca de dolor y de miedo que había afeado hasta entonces el juvenil rostro.
—¿Estás satisfecho?

—Sí; muchas gracias por todo, señor.
—¿Cómo te llamas?
—Peter.
—¿Qué más?
—Peter Bruce, señor.
—Yo me llamo Patrick Gardner.
El niño extendió su mano, muy seriamente.
Al estrechársela, Patrick sintió, con la fuerza de un símbolo, todo lo que en el futuro podía significar para él el haber encontrado al niño.
—Ahora que has comido —dijo—, creo que puedes explicarme algunas cosas.
—Ya quería decírselas antes, señor Gardner. Si le tiré la piedra fue porque creí que habían vuelto.
—¿Quién había de volver?
—Los hombres mecánicos.
—¿Hombres... mecánicos?
—Sí, robots.
—¡Vamos por partes, amiguito! —la cabeza le daba vueltas y deseaba conocer las cosas desde el principio—. ¿Qué ha ocurrido en la ciudad?
—Pero... ¿no lo sabe usted?
—Yo no. Acabo de llegar, luego te diré de dónde, y no sé nada. Por eso, Peter, quiero que me lo expliques todo.
—Es que hace tanto tiempo, que no sé si me acordaré.
—¿Cuántos años tienes?
—Doce. Pero he tenido que mirar muchas veces en el calendario que hay colgado en el comedor de mi casa.
—¿En donde estuvimos?
—No. Yo vivo mucho más lejos.
—Está bien. ¿Sabrías decirme cuándo... se fueron tus padres?
El niño bajó la cabeza.
—Mis padres no se fueron. Yo estaba arriba, en el baño, esperando que mamá subiese a secarme. Papá y mamá salieron a la calle, porque ocurría algo y la gente gritaba. Un poco más tarde oí que mamá gritaba también y salí de la bañera...
—¿Qué pasó luego?
—Me puse el albornoz y las zapatillas y bajé corriendo, llamando a mamá; pero nadie me contestó. Luego, al llegar a la parte baja. de la escalera, el humo y las llamas me cortaron el paso... Volví a subir, me vestí y lloré mucho...
—¿No volviste a ver a tus padres?
—No. Cuando el fuego se apagó, bajé a la calle, pero ya no había nadie. Hasta mucho más tarde no descubrí lo que había pasado.
—¿Cómo lo descubriste?
—Yo salía a escondidas. La ciudad estaba casi vacía. Poca gente circulaba por las calles y todos estaban aterrorizados. Un día que yo había subido a una


azotea para coger una bandera inglesa que me gustaba mucho, los vi llegar...

—¿A los robots?

—Sí. Eran muchos y llevaban unos aparatos que lanzaban llamas: unas llamaradas horribles que quemaban completamente a las pobres gentes que no podían huir de ellos.

Hizo una pausa.

—Luego, mucho más tarde, volvieron con sus aparatos, pero ya no había nadie... Luego ya no volvieron más.

—Tuviste suerte que no te encontraran, Peter.

—Viví mucho tiempo en las azoteas; tenía mucho miedo...

—Me lo imagino... ¿Y no has vuelto a ver a nadie más?

—¿Se refiere usted a... hombres como nosotros?

—Sí.

—No he visto a nadie, salvo a usted.

—¿Por qué me atacaste?

—Creí que eran ellos; al principio les tenía mucho miedo, pero después no. ¡Quiero castigarles por lo que hicieron a papá y mamá!

Patrick se sintió profundamente conmovido.

—¡Ya les arreglaremos las cuentas, no te preocupes, Peter!

Los ojos del niño adquirieron súbitamente un brillo intenso.

—¿Es verdad eso, señor? ¿Es verdad que vamos a hacerles la guerra?

—Sí. Te lo prometo; pero ¿dónde podemos encontrarlos?

El niño señaló hacia el norte.

—¿No ha visto usted su ciudad?

—¿Su... ciudad?

—Sí. Yo la veo muy a menudo desde las azoteas de las casas... ¡Es algo fantástico!

Gardner se decidió inmediatamente.

—¿Quieres venir conmigo, Peter?

—¡Naturalmente! Usted tiene comida, usted está armado. A su lado podré hablar con alguien. Durante estos últimos años tenía que hablar en voz alta para no olvidar el inglés...

—Vamos.

Salieron de la ciudad cuando ya anochecía. Gardner no había contado con aquello, viéndose obligado a detenerse en un camino vecinal mientras la oscuridad se hacía por doquier.

—¿Por qué nos paramos? —inquirió el niño ingenuamente.

—No debemos encender los faros, pequeño; sería demasiado peligroso. Mañana, con la luz natural, seguiremos avanzando. ¿Tienes miedo?

—A su lado no —fue la decidida respuesta de Peter.

Comieron juntos y el perro demostró su predilección por el pequeño.

—¿Cómo se llama? —inquirió el niño.

Patrick, que ya le había contado su aventura particular, sin explicarle, no obstante, lo que había ocurrido en Venus, terminó diciéndole cómo había

hallado al perro.
—No sé cómo se llama, Peter.
Reflexionó el niño un poco y después, sonriendo, propuso:
—Le llamaremos «Kummy». ¿Qué le parece? ¿Le gusta?
—Estupendo. Ahora debes dormir; mañana tendremos mucho trabajo.

* * *

El sueño de Gardner estuvo poblado de horripilantes pesadillas: monstruos con brazos de niebla, de cuyos extremos salían llamaradas azuladas que desintegraban cuanto se ponía a su *alcance.*
No obstante, se despertó antes que el niño, aunque «Kummy» ya estaba olfateando por los alrededores.
La niebla les envolvía aún y Gardner, después de comer junto al perro, meditó profundamente en cuanto le había contado el muchacho. La idea de una guerra mundial había cedido ante una nueva hipótesis que parecía explicar mucho más satisfactoriamente lo ocurrido.
«Debe de tratarse —pensó— de una invasión procedente del espacio exterior; pero ¿de dónde? Él, junto con sus desaparecidos compañeros, había recorrido gran parte del Sistema Solar y, por lo que habían observado, era más que seguro que la vida en los planetas más allá de Júpiter no existiese más que en forma elemental e incipiente.
¿Entonces?
El haber vencido a los hombres de aquella manera, el haber destruido la vida en una ciudad como Londres -y era seguro que igual habría ocurrido en el resto del mundo- significaba una potencia y una organización verdaderamente fantásticas.
¿De dónde podían proceder seres tan inteligentes y malvados a la vez?
¿De fuera del Sistema?
—¿De fuera de la Galaxia?—preguntó en voz alta.
—¿Ocurre algo, señor?
Se volvió, sonriendo a Peter, que ante él se restregaba los ojos, medio cerrados aún por el sueño
—Come un poco, Peter. Vamos a seguir el viaje inmediatamente. Luego, al volver a Londres, nos ocuparemos de vestirte bien. No es precisamente la ropa lo que falta en los almacenes abandonados.
—Yo no me atreví a entrar —dijo el niño.
—Lo comprendo.
Le sirvió el desayuno; él, mientras, fumó un par de cigarrillos, contemplando al simpático muchacho que compartía su comida con el perro.
La niebla, como en otras muchas ocasiones, se disolvió tan rápidamente que Patrick vio surgir en el horizonte, como un espejismo, la silueta impresionante de la ciudad.

Lanzó, no pudo por menos, una exclamación de asombro.
—¿Verdad que es enorme, señor?
Gardner no contestó.
Aquella inmensa mole plateada se levantaba hasta el cielo, con una arrogancia tremenda. Ni aun cuando visitó los Estados Unidos había visto el joven rascacielos tan altos como aquellos que, desafiando toda ley física, se levantaban hasta perderse entre las nubes.
—¡Es fantástico! —exclamó al fin.
Luego, como si se encadenasen las ideas en su mente, exclamó:
—¿Cómo habrán podido hacerlo? ¿Quién puede ser el portentoso cerebro que haya ideado una grandiosidad semejante? —Y dándose cuenta del tamaño espantoso de la ciudad—: ¡Debe de albergar más de treinta millones de seres!
—¿Tantos? —inquirió el niño, viendo que las probabilidades de victoria se reducían en su mente infantil.
Patrick se puso en pie.
—Escucha, pequeño: voy a acercarme a la ciudad con el coche. Descargaremos parte de las provisiones y te las dejaré aquí; así que el auto no irá tan cargado.
No quiso decir la verdad; en realidad, deseaba que el niño no pasase hambre si a él le ocurría algo; aunque, ciertamente, el futuro de aquella pobre criatura, si a él le acontecía algo desagradable, no sería en modo alguno halagüeño.
—¿Tardará mucho en volver?
—No lo sé; aunque es posible que esté fuera todo el día. De todas formas, te quedarás con «Kummy» y él te avisará si ocurre algo.
Había desenfundado una pistola electrónica y se la entregó al muchacho.
—¿Ves esta palanca roja?
—Sí.
—Es el seguro; no tienes más que correrla hacia atrás para que se monte la pistola automáticamente. Apuntas bien y aprietas el. gatillo sin miedo; eso es todo.
Para demostrárselo, disparó un par de veces. El arma era del tipo silencioso y Peter demostró desde el principio ser un buen tirador.
Momentos más tarde, tras dar al niño toda clase de recomendaciones, Gardner se alejaba de allí, dirigiéndose hacia la ciudad.
A veces los árboles le ocultaban en parte los altísimos rascacielos; pero, generalmente, la silueta de la ciudad era visible desde todas partes, demostrando su grandiosidad, que daba frío y pavor.
Patrick no quiso proseguir torturándose el cerebro; prefería ver las cosas por sus propios ojos y explicárselas cuando poseyese suficientes datos sobre ellas.
Un par de millas antes de llegar a la ciudad detuvo el coche y lo escondió en una pequeña bifurcación del camino; después, aprovechando una doble hilera de árboles que bordeaban el camino, avanzó protegido por las sombras y experimentando una emoción creciente.
El camino se detenía aproximadamente a un centenar de metros de la ciudad.

Al lanzar desde allí la primera ojeada. Gardner vio que la ciudad estaba rodeada de altísimas murallas, sin que en ellas se viese nada semejante a una ventana: eran lisas completamente, haciendo imposible todo intento de escalarlas.
La sombra de los edificios se extendía sobre kilómetros de terreno y el joven hubo de hacer un esfuerzo tremendo para mirar a la cúpula del más alto de ellos, acabando con un insoportable dolor de cuello.
«Debe de haber alguna puerta—pensó—; pero si sólo hay una y se halla al otro lado, tardaré varios días en encontrarla...»
Se decidió, finalmente, a marchar un poco, eligiendo el lado este y empezando a bordear con cuidado y precaución la linde de un bosque de árboles de densas ramas, tras los que podía observar detenidamente la fantástica ciudad.
Así pudo llegar ante una de las puertas.
Aquella puerta formidable le recordó una película que había visto muchos años antes, en la que aparecía algo semejante a lo que veía ahora. Las hojas de la puerta eran desmesuradas y parecían haber sido hechas para permitir el paso a descomunales gigantes.
Al situarse frente a ella, Gardner se percató de que estaba abierta y de que, en aquel momento, salían unos curiosos y modernos vehículos... ¡QUE IBAN TRIPULADOS Y OCUPADOS EXCLUSIVAMENTE POR ROBOTS!

CAPÍTULO III

PERMANECIÓ ALLÍ, con los ojos muy abiertos, contemplando el fantástico espectáculo que se ofrecía a él.
Después de la salida de los vehículos, en todo semejantes a los últimos modelos de camiones a propulsión atómica, que Gardner conocía, surgieron de las entrañas de la ciudad una especie de tanques, de largos y prolongados cañones que se movían suavemente al ritmo de la marcha.
Aquel colosal aparato bélico le causó un estupor tremendo.
¿Hacia dónde iban aquellos soldados-robots? ¿Qué clase de guerra existía aún sobre la Tierra?
Cuando la caravana desapareció en el horizonte, Patrick observó cómo la puerta se cerraba pesadamente, girando sus poderosos y acerados goznes.
—He de entrar en esa ciudad —se dijo—. Tengo que conocer a los hombres o a los seres que dirigen este formidable asalto a mi planeta. Porque no hay duda alguna que alguien ha hecho a esos hombres-máquinas y que ese alguien los dirige contra los humanos...
Gardner había estudiado en sus jóvenes años de Electrónica un curso entero de Robótica y no había olvidado ciertos conceptos; por ejemplo: un robot debe percibir una presencia extraña, aunque esté oculta, gracias a sus mecanismos de micro-ondas. Aquellos que habían salido de la ciudad, sin embargo, no habían sentido su presencia, lo que quería decir que sus

creadores, seguros de haber hecho desaparecer a todos los seres humanos de Inglaterra, ¡habían desposeído a los robots de sus mecanismos de ultrapercepción!
Sonrió al pensar en lo fácil que podía ser el entrar en la ciudad; pero, de todas maneras, deseaba hacerlo solo. Y para ello debía dejar a Peter en un lugar seguro.
Retrocedió, pensando que el pequeño podía estar impaciente.
Peter le necesitaba como jamás un niño había necesitado la compañía de un ser humano. Lo mismo le ocurría a «Kummy», quien había hallado la felicidad al ser descubierto en la granja abandonada.
Anduvo aprisa, preocupado solamente por llegar cuanto antes. Desdichadamente, se extravió dos veces consecutivas, perdiendo lamentablemente el tiempo y hasta enfadándose consigo mismo.
Finalmente halló el camino y apretó el paso.
Fue al llegar junto a la carretera cuando oyó los ladridos desesperados de «Kummy».
Mecánicamente sacó la pistola y avanzó con mayor prudencia, desesperándole los plañideros ladridos del perro.
¿Qué podía haber pasado?
Lo descubrió en seguida.
Cuatro robots, indudablemente guiados por los ladridos de «Kummy», que se había asustado al verlos, se dirigían directamente hacia el perro que, percatándose del peligro, retrocedía hacia el lugar donde estaba escondido el niño.
Gardner estuvo a punto de hacer fuego, pero desconociendo la estructura de los hombres mecánicos, pensó que la destrucción de uno de ellos podía desencadenar la aparición masiva de un verdadero ejército de ellos, agravando las cosas.
Le tranquilizó el ver que ninguno de los hombres mecánicos iba armado, y cuando Peter salió valientemente, empuñando la pistola, se sintió al mismo tiempo orgulloso del niño y temeroso de que algo le ocurriese.
Uno de los robots, que el niño no había visto y que había oblicuado hacia su derecha, permaneciendo fuera de su campo visual, se abalanzó sobre el niño, apoderándose de él antes de que pudiese disparar.
La pistola cayó al suelo.
Llevando al niño en sus fuertes brazos, el robot, seguido de los otros, se alejó de allí. Mientras, sus lámparas visuales brillaban intensamente.
«Son teledirigidos» —pensó Gardner.
Las intenciones del que los guiaba a distancia le tranquilizaron, ya que, por el momento, no parecían dispuestos a hacer daño alguno al pequeño.
«Kummy», después de darse cuenta de la inutilidad de sus ladridos, los siguió, manteniéndose con prudencia a cierta distancia, ya que los hombres-mecánicos no le inspiraban confianza alguna.
Naturalmente, Gardner los siguió igualmente, más preocupado por el olfato

del perrito que por las limitadas ondas receptoras de los robots. Se imaginó lo que hubiese sido si los hombres-mecánicos no hubieran estado desprovistos del sistema de percepción que sus creadores les dotaron para la destrucción de la población humana de Inglaterra.
También se preguntó, mientras seguía al extraño grupo, por qué no habían intervenido las otras naciones civilizadas del mundo, ya que era completamente imposible que no supiesen a aquellas alturas lo que había ocurrido al Reino Unido.
No se extrañó mucho de comprobar que los robots se dirigían hacia la misma puerta que él había visto anteriormente; en realidad, debía de ser la única.
Lo difícil de su decisión de entrar le apareció en cuanto se dio cuenta de que «Kummy» podía verle; pero cuando observó que las puertas estaban abiertas de par en par corrió hacia la muralla, procurando no ser visto ni oído por el perro, de manera a poder entrar en el recinto antes de que cerrasen la puerta.
Tuvo suerte.
Justamente otra columna de robots-soldados salía de la ciudad y pudo entrar, pegado a una de las paredes, sin ser visto y dejando que el grupo al que seguía le tomase la suficiente delantera para que «Kummy» no le viese.
Por otra parte, el perrito parecía aterrorizado y se arrastraba con el rabo entre las piernas, acobardado del estrépito horrísono de los gigantescos vehículos que pasaban a su lado.
Peter seguía inconsciente, pues se desmayó cuando el robot lo apretó contra su fuerte pecho.
Debido a la salida de unos nuevos vehículos, armados de larguísimos cañones y que eran mucho más grandes que todos los tanques que Patrick vio en su vida, hubo de esconderse en una especie de hueco del muro de entrada para no ser aplastado por aquellos colosos, que avanzaban rugiendo salvajemente.
La caravana militar era muchísimo más importante que la que él había visto aquella mañana. Y como casi había caído la noche, unos tremendos focos, procedentes de los rascacielos vecinos, lanzaban su luz azul, iluminando la marcha con una intensidad lumínica que no tenía nada que envidiar a la del mismo Sol.
El ruido de los carros de combate era tan intenso que cuando pasó el último, alejándose rápidamente, Gardner no dejó de oírlos en un buen rato. Le silbaban los oídos y tuvo que permanecer medio atontado mientras las puertas se cerraban silenciosamente a su espalda.
Lanzó una mirada hacia la entrada del más próximo de los edificios, que estaba dotada de una rampa por la que, sin duda alguna, habían salido los efectivos guerreros.
Todo estaba desierto.
Le. dolió haber perdido de vista los robots que capturaron al muchacho y avanzó, deseando penetrar en aquella maldita ciudad con la intención de descubrir la verdad de todo aquello.
En medio de la rampa descubrió los restos de «Kummy».

El pobre perro yacía allí, reducido a una masa informe y sanguinolenta; algo que no tenía ya apariencia de nada.
Uno de los colosales tanques debía haberle pasado por encima.
Gardner sintió una punzada de dolor en el pecho. Había cogido cariño a aquel simpático animal; pero, sobre todo, le dolía el que Peter hubiese perdido a un amigo de verdad.
Sonrió tristemente.
«¿Qué puede importarles —pensó— a esos poderosos y crueles dueños de la ciudad la muerte de un insignificante perrito si han matado a millones de seres humanos?»
Por un momento, mientras penetraba en la ciudad, pensó en que mejor hubiera sido no hacer caso a Thomas y salir de la astronave, marchando hacia sus amigos, para morir en Venus, devorado por aquellos repugnantes gusanos.
Porque todo era preferible a haber regresado a un mundo extraño, a una Tierra invadida o sometida al más horrendo poder que el hombre soñó jamás...
La entrada se prolongaba hacia el interior por un túnel profusamente iluminado. Gardner lo siguió con precaución, pistola en mano, dispuesto a defender cara su vida.
Al final aparecieron ante él cinco escaleras que dirigían a cinco puntos distintos. Todo dependía de la que cogiese, ya que aquel laberinto era, al mismo tiempo, salvación o perdición.
Iba a decidirse por la de la derecha cuando, y en aquel mismo momento, oyó un ruido de pasos.
Veloz como un rayo se ocultó en un repliegue del muro, pegándose a él con la respiración contenida.
Desde su escondrijo vio a un grupo de robots que bajaban por las escaleras.
La cosa no tenía mayor importancia, ya que pudo comprobar que los hombres-metálicos, al igual que todos los que había visto hasta entonces, no estaban dotados de mecanismos sensibles a la persona humana, si ésta estaba oculta.
Podían, eso si, ver a un hombre, como veían todos los objetos, con las células foto-sensibles que les servían de «ojos», pero eran incapaces de «presentir» una presencia oculta.
Y aquello era lo verdaderamente importante para Gardner.
Pero, además de aquella comprobación, que le daba absoluta libertad de movimientos, el espíritu observador del joven descubrió algo tremendamente esencial.
Cuando el primero de los robots descendía por la escalera, había observado que algunos peldaños de ésta se iluminaban en los ángulos, por los que salía una luz de cierta intensidad.
Grandemente interesado, comprobó, al paso de los otros, que la luz surgía en los escalones «número cuatro», es decir, que uno de cada cuatro escalones era sensible al paso de lo que fuere.
No pudo evitar: al mismo tiempo una sonrisa de triunfo y un escalofrío de

pánico.
Merced a aquel curioso procedimiento, «alguien» conocía en todo momento la circulación de robots por la ciudad, debido a que los escalones iban marcando el camino seguido por todos los hombres-mecánicos.
Pero, al pensar en toda la cantidad de señales secretas que podían existir allí, se sintió como un pequeño ratón que hubiese cometido la loca imprudencia de meterse en una habitación donde se reunían dos mil gatos.
«De todas formas—se dijo, consciente del triunfo al que le había llevado su observación—, podré subir o bajar las escaleras sin que nadie se percate de ello. Esto es ya una pequeña victoria.»
Cuando los robots desaparecieron por una de las galerías adyacentes, el joven empezó a subir, poniendo especial cuidado en no pisar en aquellos escalones que eran sensibles al peso. Así, avanzando poco a poco, llegó hasta lo que era un enorme pasillo, iluminado tan intensamente como el resto de lo que hasta entonces había visitado.
Un fuerte rumor de máquinas llegó hasta él.
No tardó mucho en asomarse, cuidadosamente, por una de las puertas laterales. Desde allí una larga escalera conducía hasta una sala de dimensiones colosales, donde -¡era imposible contar!- debía de haber aproximadamente cerca de dos mil robots.
Todos trabajaban ante máquinas desconocidas para Gardner.
Un poco más allá, otra puerta, con una escalera idéntica, le mostró una nueva sala, en la que otros tantos robots, quizá más, construían los colosales autos-blindados que había visto salir hacía un rato.
Sin poderlo evitar recordó la imagen del pobre «Kummy».
Aquello le llevó a la memoria la misión que tenía: encontrar, antes de que le hiciesen el menor daño, al pequeño Peter.
Siguió por el interminable pasillo.
El rumor de las máquinas le llegaba por doquier y se imaginó fácilmente la tremenda cantidad de robots que debían de estar trabajando en la parte baja de aquella fantástica ciudad.
Ahora podía comprender cómo habían podido destrozar un país como Inglaterra, reduciéndolo a la nada, dejando a Londres vacío de habitantes, como una ciudad más muerta que las criaturas que habían vivido en ella.
Continuó avanzando.
Un nuevo rumor de pasos le aterrorizó. Mirando a izquierda y derecha en busca de un escondrijo donde ocultarse, se decidió finalmente por una de las entradas que había visitado, y con sumo cuidado de no poner los pies en el fatal escalón, se escondió allí un segundo antes que un robot apareciera en el recodo del pasillo.
Patrick se dio cuenta en seguida de la luz verdosa que brillaba en lo que podía haber sido la «nuca» del hombre-metálico; luego, al ver aparecer lo que le seguía, comprendió la existencia de aquel «tercer ojo» y, al mismo tiempo, se le erizaron los cabellos.

Una joven de extraordinaria belleza seguía mansamente al robot.
Gardner se quedó como el que ve visiones.
Aquélla, después de Peter, era la primera criatura humana que veía desde su regreso a la Tierra. Afortunadamente, no se dejó arrastrar por el placer de una simple contemplación estética.
Todos sus sentidos estaban bien despiertos y no tardó en percatarse de que aquella pobre muchacha caminaba tan obedientemente porque estaba en estado hipnótico.
Sus bellos ojos marrones no se separaban de la luz verde que el robot llevaba en la nuca y que parpadeaba constantemente, con una insistencia que llegó a hacer mal al propio Gardner.
¡Un robot hipnotizador!
¿Qué horribles cosas estaban pasando en el interior de aquella ciudad?
Indudablemente, el haberse reservado criaturas humanas, cosa que demostraba palpablemente la presencia de aquella muchacha en la ciudad y que corroboraba el que no hubiesen matado inmediatamente a Peter, como habían hecho con la casi totalidad de los habitantes de Londres, planteaba una serie de preguntas cuyas respuestas no podían ser imaginadas sin horror.
Por eso, seguro de que la vida de aquella muchacha corría un verdadero e inmediato peligro, Patrick se decidió a actuar inmediatamente, pasase lo que pasase.
Obró con la celeridad del rayo.
Mucho antes de que las células foto-sensibles del robot descubriesen su presencia, Patrick había llegado hasta él, empuñando firmemente la pistola por el cañón.
Sendos golpes, rápidos y eficientes, rompieron los mecanismos que servían de «ojos» al robot. Un tercer golpe tan preciso como los anteriores le destrozó el «ojo posterior», cuya luz verde desapareció como por ensalmo.
El robot se quedó erguido, estúpidamente parado; pero a Gardner, ducho en Robótica, no podía engañarle aquella aparente inmovilidad, ya que estaba seguro de que el aparato transmisor del hombre-mecánico -especialmente concebido para dar la alarma, ante una situación tan anormal como aquella-, estaba funcionando ya.
Hundió la culata en la cabeza de la máquina, destrozando la totalidad de las conexiones del emisor.
Luego, al volverse hacia ¡a muchacha, llegó justamente a tiempo, ya que ella, salida bruscamente del estado letárgico de la hipnosis, se desplomaba sin conocimiento.
La cogió en los brazos, luego de empuñar la pistola normalmente, y echó a correr hacia la parte del pasillo por donde el robot había llegado. Estaba seguro de que la alarma había sonado y le corría una prisa horrible encontrar un sitio donde ocultarse a la búsqueda de los robots que saldrían en ayuda de su compañero.

Se detuvo ante varias puertas idénticas a las que había visto más atrás. Pero todas ellas daban, después de las inevitables escaleras, a secciones de fabricación, donde pululaban los hombres-metálicos.
Finalmente, cuando estaba ya desesperado, acertó a mirar por una de ellas, en cuyo fondo descubrió lo que parecía ser un inmenso almacén. Ningún hombre-máquina había allí visible.
No lo dudó ni un solo instante.
Recordando perfectamente lo de los «escalones sensibles», puso especial cuidado en no apoyarse sobre ellos, descendiendo, no obstante, a la mayor velocidad posible.
Encontrar un escondrijo allí adentro fue relativamente sencillo.
De todas maneras, penetró en el almacén y fue hasta uno de los más apartados rincones, donde dejó a la joven con un suspiro de satisfacción.
Le dolían tremendamente los músculos de los brazos.
Esperó, con el oído atento, pero nada llegó hasta él.
Poco después la muchacha abría los ojos, mirándole con una expresión de indecible horror en el rostro. Patrick estaba dispuesto a taparle la boca si ella intentaba gritar; pero la joven permaneció callada un largo rato, después rompió el silencio para preguntar:
—¿Quién es usted? ¿Qué ha pasado?
Gardner esbozó una tranquilizadora sonrisa; después, poco a poco, amablemente, le contó su historia.

CAPÍTULO IV

CUANDO PATRICK terminó de hablar, la expresión del rostro de la muchacha había cambiado por completo. Una serenidad sincera irradiaba de sus delicadas y bellas facciones.
—¡Qué horrible debió de ser ese viaje!
—Lo fue, sobre todo en su etapa final. ¡Y yo que estaba deseando llegar a la Tierra para disfrutar de su paz y tranquilidad!
Ella asintió con la cabeza.
—Tampoco nosotros nos dimos cuenta de lo que estaba ocurriendo. Varias familias salimos de Londres un sábado por la mañana, para pasar el fin de semana en el campo. Mientras nosotros nos divertíamos, la ciudad debió de atravesar su horrible tortura. Luego, el domingo, al atardecer, llegaron los robots. Uno de ellos hablaba correctamente el inglés y nos ordenó que les obedeciésemos, si queríamos conservar la vida.
Su rostro volvió a oscurecerse, presa de un indecible horror.
—Tommie, uno de nuestros amigos, se echó su escopeta de caza al rostro... No llegó a disparar: uno de aquellos hombres-máquinas le apuntó con una especie de lanzallamas y el pobre muchacho desapareció en medio de una densa columna de humo... ¡Fue espantoso!

Patrick dejó que se serenase. Después preguntó:
—¿Qué hicieron con ustedes?
—Nos condujeron hasta la carretera, donde había una gran cantidad de camiones metálicos, de una estructura que nosotros no habíamos visto nunca. Muchos de ellos estaban ya abarrotados de gente. El silencio era verdaderamente impresionante...
Entornó los ojos, como si estuviese reviviendo el tremendo horror de aquella alucinante escena.
—Nos obligaron a montar en los camiones y nos trajeron aquí. Cuando nos acercábamos a la ciudad, nos quedamos asombrados y un hombre que iba en nuestro coche afirmó rotundamente que había pasado por allí dos días antes, sin ver más que un pedazo de hermosa campiña inglesa.
»Nadie se atrevió a decir cómo podía haberse elevado aquella fantástica ciudad en sólo unos días... unas horas. Estábamos tan profundamente impresionados, que ninguno emitió opinión alguna.
»Penetramos en la ciudad y, tras haber desembarcado de los camiones, fuimos conducidos a los sótanos donde, en una especie de salones inmensos, había viviendas empotradas en los muros.
»Debían de haber construido una enormidad de ellas, porque fuimos destinados en una cantidad aproximada de diez por casa. Son cómodas, están dotadas de cuanto puede ser necesario para la vida y hasta poseen biblioteca, radio y cuarto de baño...
—¿Es posible?
—Sí. Nosotros, después que el miedo inicial hubo pasado, creímos que éramos prisioneros de alguna potencia extraña, que había invadido las Islas Británicas. Ignorábamos, claro es, lo que había ocurrido en Londres. Más tarde, cuando llegaron nuevos prisioneros, corrieron las noticias como reguero de pólvora y pudimos conocer los escalofriantes detalles de lo ocurrido en las ciudades.
»En todas ellas había reinado la matanza general, con aquella especie de lanzallamas de los que le hablé antes. Y las ciudades, abandonadas y muertas, habían sido la última imagen que los pocos prisioneros llegados trajeron con ellos...
Guardaron silencio unos instantes.
—No me lo explico —dijo finalmente él—. Me he estado rompiendo la cabeza, intentando encontrar una respuesta adecuada a cada pregunta que este estado de cosas plantea; pero he de darme por vencido.
—También nos hemos esforzado nosotros en entenderlo—dijo ella—. Mi pobre papá, hasta que se lo llevaron, estaba plenamente convencido de que se trataba de seres procedentes de otro planeta o de otro Sistema, fuera del nuestro o incluso alejado de nuestra galaxia.
—¿Ha dicho usted que los robots se llevaron a su padre?
—Sí.
Tardó en volver a hablar; las lágrimas inundaron dulcemente sus ojos y

Patrick respetó su dolor hasta que ella se rehizo y prosiguió:
—Empezaron unas semanas después de que hubimos llegado a esta ciudad. Fueron llevándose a hombres o mujeres, a un ritmo de una docena por día. Llegaba un grupo de robots armados, dirigido por uno de ellos, que era el que siempre hablaba. Y decía que los elegidos aquel día iban a ser trasladados a otros compartimentos especiales. Afirmaba que, a medida que fueran acondicionados los nuevos apartamentos, iríamos todos a ellos. Pero no podían engañarnos, porque estábamos seguros de que jamás volveríamos a ver a los que se llevaban.
—¿Ocurrió así?
—Sí. Nunca más volvimos a verlos. Un espíritu de rebelión se fue forjando entre los prisioneros. Decidimos impedir, fuese como fuese, que se llevasen a más personas.
—No lo lograron, ¿verdad?
—Cuando los robots vinieron a por más gente, formamos una densa barrera, impidiéndoles el paso. Permanecieron inmóviles, creo que esperando órdenes y, finalmente, se fueron.
—¡Qué estupendo!
—No lo crea. Pocos días después, dos de ellos montaron en los techos de los salones-plaza, así los llamamos porque en ellos desembocan las casas empotradas en los muros, unos objetos cuya utilidad no vimos, al menos por el momento.
»Pero al día siguiente, cuando habíamos formado la barrera -otros hombres-mecánicos habían venido a por más prisioneros-, los objetos situados en los altos techos empezaron a emitir una especie de ruidos tan espantosos, que la mayoría de nosotros perdimos el conocimiento.
—¡Ultrasonidos!
—¿Era eso?
—Sí; en realidad, ustedes NO OÍAN NADA, pero los ultrasonidos herían sus órganos auditivos y su organismo completo...
—Fuese lo que fuese, se salieron con la suya. Y a la vez siguiente, en cuanto les vimos acercarse, nos retiramos, ya que todavía sufríamos de terribles dolores causados por esos «ultrasonidos».
—¡Qué canallas!
Ella, a pesar de todo, sonrió.
—¿Canallas? ¿Los robots?
Se dio cuenta Patrick de lo impropio de su expresión, desprovista de toda lógica.
—Perdone... Ya no sé lo que me digo. Otra cosa, creo que aún no me ha dicho su nombre...
—Me llamo Elma, Elma Fredson.
Él dejó pasar unos instantes.
—No creo —dijo— que podamos permanecer aquí mucho tiempo. Tendremos que aventurarnos a salir.

—¿Dónde iremos?
—Todavía no lo sé. Pienso que lo más lógico sería intentar regresar al campamento de los prisioneros. Podrían ocultarla allá...
—¿Y usted?
—Yo debo buscar a Peter.
—Debe de estar con ellos.
—Mejor que mejor. Así podré dedicarme a resolver esto.
Ella le miró intensamente asustada.
—¿Qué locura intenta hacer, señor Gardner?
—¿Locura? ¿Cree acaso que puedo permanecer tranquilo mientras ocurren cosas como las que están pasando aquí? La seguridad que poseo de que debe de haber alguien que dirige todo esto, me empuja a buscarlo. ¿Quién habita los pisos superiores de estos colosales rascacielos?
—Nunca podrá saberlo. Uno de los nuestros, que logró vencer el efecto hipnótico del «ojo posterior» del robot que lo conducía y que volvió con nosotros —desgraciadamente por poco tiempo, ya que fue sacado de allí tres horas después— nos habló de unos ascensores que subían hacia lo alto de los edificios; unos ascensores donde el espacio estaba tan bien calculado QUE NO CABÍAN MAS QUE EL PRISIONERO Y EL ROBOT QUE LO CONDUCÍA HACIA ARRIBA.
Patrick guardó silencio, mientras hacía trabajar activamente su cerebro.
—Me acaba usted de dar una idea, señorita. Voy a echar una ojeada. Si la vigilancia ha cedido, podremos caminar hacia sus amigos. Lo que más me interesa es ponerla a salvo y saber si Peter está fuera de peligro.

* * *

Se le llenó el corazón de alegría al abrazar al pequeño Peter que, como había predicho la muchacha, había sido llevado al campo de prisioneros.
En realidad, aquella expresión de «campo» estaba desprovista de lógica, ya que lo que verdaderamente era aquello, más que otra cosa, era una ciudad con cerca de veinte mil habitantes encerrados en unos inmensos patios, con techo y en cuyos muros, a estilo de las habitaciones prehistóricas, estaban empotradas las de aquellos desdichados.
Elma no habla exagerado lo más mínimo, como pudo comprobar Patrick, al visitar una de aquellas viviendas. El interior había sido concebido con un estilo limpio y funcional, sin que faltasen los detalles de una cierta comodidad, en modo alguno restringida.
Los sistemas de iluminación y aireación estaban sabiamente concebidos y se disfrutaba en el interior de las casas un ambiente ciertamente agradable.
Gardner no dejó de extrañarse de la sensación de paz que le invadía cuando, junto a Elma y Peter, tomó asiento en el coquetón saloncito de la casa de la muchacha, que ésta se disponía a abandonar, buscando cobijo, junto al niño, en un sitio donde los robots no pudiesen hallarlos.

Aquella serenidad tenía algo de IMPUESTA, de FORZOSA, y Patrick llegó a la conclusión de que era una de las oscuras y misteriosas maniobras de los dueños de la ciudad.
Sin embargo, no llegó a explicarse el motivo de aquello. Y cuando los hombres más importantes le visitaron -se había corrido la voz de su llegada y de sus propósitos-, tuvo que abandonar sus meditaciones.
—¿Qué piensa usted hacer? —dijo uno de ellos, el más representativo de todos.
—Mi idea —explicó el joven—, la única en realidad que nos permita descifrar el misterio que nos rodea, es llegar hasta los pisos altos de la ciudad. Allí, sin duda alguna, encontraré la respuesta a todas las preguntas que nos hayamos podido hacer.
—No llegará usted jamás. Creemos —dijo su interlocutor— que los que son conducidos hacia arriba lo hacen en estado hipnótico, no pudiendo percatarse, por lo tanto, de nada de lo que les rodea.
—He pensado en ello. Afortunadamente, cuando salimos en el «Audaz», rumbo al espacio exterior, íbamos bien dotados de armas contra los peligros que podían asaltarnos en los planetas que íbamos a visitar. Entre las cosas que llevábamos había un producto recientemente descubierto, la «Anti-hipnotina», capaz de contrarrestar cualquier influjo hipnótico o telepático...
»Todavía llevo encima la dosis que me correspondía.
Sacó de uno de sus bolsillos un tubo plateado, que pasó de mano en mano, para volver finalmente a las suyas.
—Una tableta mantiene el efecto anti-hipnótico durante cerca de sesenta horas.
Miró a los que le escuchaban, experimentando una satisfacción íntima al comprobar que les había interesado.
—Yo llevaré cuatro pastillas, ya que no sé el tiempo que he de permanecer alerta. El resto, hasta veinte que tiene el tubo, se lo entregaré a ustedes, de manera a que, por grupos de cuatro, vayan proporcionándoselas a los más aptos de entre los que los robots saquen de aquí. La ayuda de esos voluntarios, una vez lleguen al lugar donde yo sea conducido, podrá serme verdaderamente preciosa.
—¿Y cómo logrará ser el elegido cuando los robots vengan?
—Elma me ha dicho que los «hombres-máquinas» son incapaces de establecer una diferencia fundamental entre las víctimas que eligen. En el último instante, suplantaré a una de ellas y seguiré al robot-guía como si en realidad estuviese bajo el influjo de su «ojo posterior».
Todos asintieron entusiasmados; todos menos Elma.
Cuando los hombres salieron, hecha ya la distribución de las pastillas, la joven se acercó a Gardner.
—Quisiera darle las gracias, señor.
Él la miró, entre divertido y asombrado.
—¿Darme las gracias de qué?

—Me salvó.
—¡Olvídelo, Elma! No es que no tenga importancia, pero cualquier otro hombre hubiese hecho lo mismo.
—De todas formas —ella bajó la mirada y Gardner pudo observar cómo se empurpuraban las mejillas de la joven—, deseo que tenga cuidado. Lo que va a hacer es tremendamente peligroso.
—Procuraré cuidarme.
—Eso espero, Patrick.
Era la primera vez que le llamaba por su nombre, pero él, absorto en sus propios pensamientos, no se percató de ello.
Aquel día se ocupó personalmente de trasladar a la muchacha y al niño a un lugar seguro. Peter le preguntó por «Kummy», y él le mintió, para que el niño no sufriese, diciéndole que lo había dejado fuera de la ciudad, junto al depósito de víveres.
Después de dejar a la muchacha en el alojamiento seguro que habían buscado, Gardner se reunió con el grupo de hombres que iban a hacer cuanto pudieran para seguirle en la aventura.
Todos estaban bien dispuestos y afirmaron que le imitarían, haciéndose conducir por los robots hasta el lugar donde él estuviese y donde podrían lanzarse a la lucha.
—Si logramos dominar a los que rigen esta monstruosa ciudad —dijo el joven —, haremos que los robots dejen de trabajar y de hacer mal. Entonces veremos lo que ha podido ocurrir en el resto del mundo.
—¿Cómo es posible que no nos hayan ayudado? Los teléfonos dejaron de funcionar y es casi seguro que, mientras esos monstruos metálicos atacaban Londres, hubiese gente que saliese, en avión, con dirección a otra parte, gente que ha podido dar la alarma.
—Si todos los campos de aviación estaban como el espaciódromo donde aterricé yo —dijo Gardner.
—No vale la pena romperse más la cabeza —concluyó uno de los presentes —. Debemos actuar y, si logramos salir con vida del empeño, podremos enterarnos de todo lo que ha ocurrido.
Por la noche la iluminación cedía, dejándolo todo en una agradable semioscuridad. También, dos veces al día, llevaban los robots las provisiones necesarias para el día.
Gardner no pudo dormir.
La proximidad de una jornada de emociones indescriptibles hacía que su espíritu se mantuviese tenso, como un resorte de acero. Sopesaba cuidadosamente los pros y los contras, llegando siempre a la misma lógica conclusión: las probabilidades de salir con vida de aquella loca expedición hacia lo desconocido estaban en razón de una a mil...

* * *

Cien pisos más arriba, hacia la mitad del colosal rascacielos central que dominaba con su imponente altura el conjunto de gigantes de aluminio que formaban ULTRAMETRÓPOLIS, la ciudad sobre las ciudades, en aquellos momentos se detenía un ascensor múltiple, de donde salieron cinco robots.

Todos ellos de un tipo superior al normal. Y, además de los dispositivos perceptores que poseían todos, tenían un mecanismo de razonamiento elemental, pero llevado hasta su máximo desarrollo.

Al salir del ascensor caminaron formados hasta una sala vecina, en la que se detuvieron, ocupando el centro geométrico de la estancia. Las paredes ofrecían a ambos lados dos tubos metálicos que salían rodeados de otros más pequeños, lo que hacía pensar en dos órganos incrustados en los muros.

Ante los hombres-metálicos, el circulo negruzco de un gran altavoz tronaba sobre la pared opuesta a la puerta de entrada.

Hubo un corto silencio; después, una de las válvulas de la parte superior de la cabeza del primero de los robots empezó a parpadear. Momentos más tarde la voz imponente sonaba en el megáfono.

—¿Habéis hallado algo?

—No, señor —dijo uno de los robots, el que ocupaba la vanguardia de la formación.

—¿Quién ha destruido, entonces, banda de estúpidos, al LSY-12378543?

—No lo sabemos, poderoso señor.

Hubo un corto silencio.

—¡Yo sabré lo ocurrido; pero vosotros pagaréis vuestra inutilidad!

Ellos retrocedieron rápidamente, intentando llegar hasta la puerta, COMO SI SE HUBIESE TRATADO DE SERES VIVOS; pero la puerta se cerró antes de que ninguno de ellos lograse alcanzarla.

Se agruparon intentando alejarse lo más posible de los tubos que surgían de las paredes y que, desde hacía unos instantes, giraban como cañones detrás de una torreta.

—¡Ahora no me importa destruiros, banda de imbéciles! ¡Tengo cuanto «neuro-soma» deseo! ¡Ya pasaron los tiempos de penuria!

Unas lenguas verdosas salieron de los tubos, dirigiéndose directamente hacia el rincón donde se agolpaban los robots.

Las largas lenguas de fuego lamieron las metálicas estructuras de los hombres-máquinas, consumiéndolas como si hubiesen sido de cartón.

Cuando ya no quedaban mas que informes restos de los robots, el megáfono vibró nuevamente, dejando oír una estruendosa carcajada que resonó lúgubremente en la estancia vacía.

CAPÍTULO V

PATRICK FUMABA un cigarrillo, en el nuevo domicilio de Elma Fredson. Peter había salido con unos amigos de su edad y los dos

jóvenes desayunaban en silencio.
Todos los prisioneros que formaban lo que Gardner llamaba el «grupo de ataque», estaban seguros de que los robots irían aquella mañana en busca de sus habituales presas. También quisieron formar parte del primer equipo, de manera de ayudar directamente al astronauta; pero Patrick se había negado en redondo, ya que deseaba poder actuar solo, sin que la presencia de alguien embarazase sus movimientos y decisiones.
Elma le miraba de soslayo de vez en cuando, sin decir nada.
Fue él quien la interpeló, sobresaltándola, ya que la muchacha no esperaba ser interrumpida tan bruscamente en sus meditaciones.
—¿Qué hacía su padre, Elma?
—¿Qué quiere usted decir? ¿En qué se ocupaba?
—Sí.
—Era profesor de Biología y Fisiología del Sistema nervioso, en Cambridge. ¿Tiene alguna intención directa su pregunta?
—No, mera curiosidad.
Y al cabo de un instante dijo:
—En realidad estaba pensando en algo que pudiese convencerme de que los que son sacados de aquí no...
Ella le entendió y bajó tristemente la cabeza.
—Es inútil que quiera darme una esperanza; las he perdido todas.
—No debe hacerlo. Si los quisieran matar, no hubiera hecho falta que se molestasen en traerlos hasta aquí.
—Esa es una cuestión que nunca he ahondado, porque me daba terror hacerlo.
—¿Recuerda el ritmo de las desapariciones?
—Sí. Al principio, según oímos decir, porque no fuimos los primeros en llegar, se llevaban a muchas muchachas y a muchos hombres; luego, poco a poco fueron disminuyendo en la cantidad que solicitaban.
—¡No me lo explico!
Alguien subió corriendo por la escalera de la casa, precipitándose a la habitación.
—¡Señor Gardner! ¡Señor Gardner! ¡Ya vienen los robots!
—Voy.
Desapareció el otro y, cuando Patrick se acercó a la muchacha tendiéndole la mano, ella se arrojó inesperadamente a sus brazos.
El hombre la estrechó con fuerza, contra sí.
—¡No vayas, Patrick!
Él le acarició los cabellos y sonriéndole dijo:
—He de ir, querida. Ahora más que nunca. ¿Cómo quieres que te sepa condenada, más o menos tarde, a algo que me hace estremecer de sólo pensarlo?
Ella tardó unos instantes en decir:
—Me enamoré de ti en seguida, Patrick. En otras circunstancias hubiese esperado, como lo hacen todas las chicas, a que tú me hubieras dicho algo;

pero ahora, cuando te he visto levantarte, dispuesto a irte, creí que no podría resistirlo.
—Has de ser valiente, querida.
—Eso es lo que se suele decir. Sin embargo, amor mío, preferiría que te quedases. ¿No te das cuenta de que me quedo completamente sola? Primero papá y ahora tú... ¡Hubiese querido que me dejaras seguir mi camino cuando el robot me conducía a la...!
Él la besó en los labios, impidiendo que concluyese la frase.
—Me voy, Elma. Cuida de Peter y evita que haga travesuras. Volveré; puedes estar segura.
Se arrancó de sus brazos y salió sin volver la cabeza, incapaz de mirar la indecible expresión de dolor que se pintaba en el rostro de la muchacha.
Como cada vez que los robots llegaban, la totalidad de los prisioneros estaba concentrada en un monumental «patio» situado en la desembocadura de los parciales.
Gardner se abrió paso hasta colocarse en primera fila. Todos le miraban con curiosidad y admiración.
El robot jefe, que era el que siempre se dirigía a los prisioneros, se adelantó un poco.
—Quince hombres y tres mujeres.
Desde que habían colocado los dispositivos de «ultrasonidos», los voluntarios se presentaban en seguida. Hubo muy pocas escenas de despedida y casi inmediatamente, los prisioneros se colocaron en una hilera. Mientras se ordenaban, Gardner se tragó uno de los comprimidos.
Una vez en fila, un robot se colocó de espaldas ante cada una de las criaturas que habían salido del gentío. Inmediatamente las lámparas verdes empezaron a temblar intensamente.
El efecto hipnótico no tardó mucho en producirse; la potencia sugestionadora de la lámpara era verdaderamente notable.
Se pusieron en marcha, en hilera, siguiendo cada prisionero a su correspondiente robot.
Mientras avanzaba, con los ojos entornados y la mirada fija en los pies del hombre-metálico que le precedía, Gardner, contento del rápido efecto de la «Anti-hipnotina», pensaba en la casualidad que había sido el que Elma fuese la única conducida en aquel día en que la encontró en aquel mismo pasillo.
¿Casualidad?
Rechazó de plano tal hipótesis. Aquello debía de tener una explicación lógica; pero, por muchos esfuerzos que hizo para intentar explicárselo, no logró absolutamente nada.
Un nuevo pasillo apareció ante él, cuando los robots, después de subir una escalera, ascendieron a una planta que el joven desconocía. Sonrió al comprobar que todos los escalones «cuatro» transmitían una señal cuando se pisaba en ellos.
«Ahora puedo pisarlos sin miedo», se dijo.

Al llegar ante los ascensores, comprobó la veracidad de lo que. le habían contado en el campo de prisioneros. Los ascensores eran bipersonales y no cabía en cada uno de ellos más que un robot con su correspondiente acompañante humano.
Subió en el suyo.
Por la velocidad y el tiempo transcurrido hasta que el ascensor se detuvo, Patrick se percató de la tremenda distancia que había cubierto. Por eso, cuando el aparato abrió automáticamente sus puertas, no se extrañó de leer, en el muro, un letrero que anunciaba que aquél era el piso 403.
Sólo así podía concebir la grandiosidad de aquella fantástica ciudad, donde, sin necesidad de exagerar cálculos, debían de trabajar treinta millones de hombres-máquinas.
Volvió a pensar en el genio que había creado todo aquello. Y se estremeció al pensar en la calidad de enemigo al que iba a enfrentarse.
«Soy un loco sin arreglo posible» —se dijo.
Los otros robots habían desembocado en aquella especie de pasillo. Y al estar nuevamente reunido el grupo, se constituyó el inevitable desfile hasta que el primer robot se detuvo, al desembocar en una sala de enormes dimensiones.
Al fondo, un enorme letrero decía:

¡ALTO LOS ROBOTS!
CARGAS DESINTEGRADORAS ESPECIALES
DESTRUIRÁN A TODO HOMBRE-MÁQUINA
QUE ATRAVIESE ESTA PUERTA

Se detuvieron los hombres mecánicos antes de llegar a la entrada. Entonces, después de un corto espacio, una esfera que emitía la famosa luz verde, apareció repentinamente flotando en el espacio.
Los hombres la siguieron mansamente atravesando la barrera por la que no podían pasar los robots.
Gardner los imitó.
Un corto pasillo y después, una sala, cuyas paredes transparentes permitieron al joven echar una curiosa ojeada al otro lado, donde medio centenar de hombres y un centenar de muchachas trabajaban ante unos complicados cuadros, repletos de aparatos y controles.
Observó que todas las muchachas llevaban puestos unos cascos que les hacía parecer telefonistas en una gran central. Ante ellas, una multitud de luces de todos los colores se iban encendiendo o apagando con una curiosa intermitencia.
Los hombres, todos ellos vestidos de blanco, maniobraban ante paredes transparentes, muy parecidas a los cuadros de radar, donde iban marcando líneas y cruces, a medida que las «telefonistas» les transmitían los datos necesarios.
Finalmente, al fondo de la sala, un monumental mapamundi marcaba con

luces rojas todas las grandes ciudades del mundo. Aisladas en puntos dispares, unas cuantas luces verdes temblaban aún...
Patrick se estremeció de pies a cabeza.
Aquello le hacía presentir algo que debía de poseer una importancia capital. Y la semejanza de aquella sala con un Estado Mayor supermoderno le hizo pensar en que UNA HORRIBLE GUERRA SE HABÍA DESENCADENADO SOBRE LA TIERRA.
Si las luces verdes significaban la posición de un eventual enemigo, el mundo parecía irremisiblemente perdido.
Un ascensor colectivo, en el que entró la misteriosa esfera flotante, les hizo subir una veintena de pisos más.
Al desembocar en un pasillo, semejante a muchos por los que habían pasado, las paredes transparentes permitieron, de nuevo, que Gardner asistiese a una escena increíble.
Una terraza de cerca de un kilómetro de lado se extendía allí. Y sobre ella, emergiendo por todas partes, tubos como cañones, que apuntaban al cielo.
Justamente, en el momento en que una puerta se abría al fondo ante ellos, un sonido prolongado e hiriente atravesó la transparente pared y Gardner pudo ver la salida de una docena de proyectiles teledirigidos, de un modelo completamente desconocido para él y que partían raudamente hacia el espacio, donde desaparecieron en un santiamén.
La puerta se cerró tras ellos.
Aquella sala tenía todo el aspecto de un laboratorio.
Dos hombres, uno de cierta edad y otro muy joven, de cabellos llameantes, se acercaron a ellos.
A Gardner le pareció que aquellos dos hombres estaban bajo el influjo hipnótico que dominaba a sus compañeros. Al fijarse en la expresión de ausencia que reflejaban sus rostros, recordó que en el «Puesto de Mando» había observado lo mismo.
El hombre viejo los examinó de hito en hito, manteniéndose a cierta distancia.
Patrick se fijó en que la atención de aquel hombre se concentraba, sobre todo, en las mujeres.
Giró bruscamente sobre sus talones, acercándose a un aparato en el que oprimió un botón.
Una voz áspera se dejó oír:
—¿Qué ocurre?
La voz del viejo se hizo insistente.
—¡Me prometió que me enviaría a mi hija! ¡No está entre los que han llegado ahora!
—Pronto llegará; no se preocupe, profesor Fredson.
Al oír aquel nombre, el joven se estremeció.
Desde que penetró en aquella estancia, que los rasgos del viejo no le eran totalmente desconocidos; ahora, al oírlo nombrar, se percató de que se trataba del padre de Elma.

¡Qué alegría hubiese tenido la muchacha de haber sabido que su padre seguía vivo!
El profesor seguía insistiendo:
—Usted me lo prometió, señor.
Y la voz áspera repuso con un tono de impaciencia:
—¡Basta! Le he dicho que se reunirá con su hija y cumpliré mi palabra.
Un chasquido demostró que el otro había cortado la comunicación,
El profesor se pasó la mano por la frente, permaneciendo unos instantes como ensimismado; luego, reaccionando, se acercó al joven, que no se había movido de junto a los prisioneros.
—Tendremos que ponernos a trabajar, Knigth.
—Sí, señor. ¿Son todos para lo mismo?
—Si. Excepto las muchachas. Por ahora, puedes encerrarlas junto a ellos; después ordenaremos que sean trasladadas a las salas de aprendizaje.
El joven pelirrojo se acercó a los prisioneros.
—Los que sean zurdos que se pongan a la izquierda; los que se valgan de la derecha, a la derecha y los ambidextros, en el centro.
Una vez que los prisioneros se hubieron colocado ordenadamente, el pelirrojo se volvió hacia el profesor:
—Ya está, señor. Tenemos dos ambidextros. En efecto: dos hombres se hablan colocado en el centro.
—Perfecto —dijo Fredson—. Ya puede llevárselos todos.
Salieron en fila tras el ayudante del profesor.
Gardner se dio cuenta de que había llegado el momento de actuar. Había observado detenidamente el laboratorio y visto que había multitud de lugares donde un hombre listo podía esconderse fácilmente.
Así, habiéndose quedado el último de la fila, merced a una hábil maniobra, logró esconderse detrás de un aparato de grandes dimensiones, viendo cómo los demás desaparecían por un pasillo adyacente.
Momento más tarde, el pelirrojo volvía.
—¿Comienzo a preparar el quirófano, señor?
—Me parece que será lo mejor. ¿Qué nos han pedido hoy, Knigth?
—Cinco hemisferios cerebrales; pero, como tenemos dos ambidextros a los que podemos extirpar la totalidad de la masa encefálica, no tendremos que hacer, en realidad, más que una intervención quirúrgica y dos autopsias.
—Haremos éstas después. Podemos preparar la cámara de hibernación antes, ¿no le parece?
Patrick, desde su escondite, había oído y observado detenidamente a aquellos dos hombres. Ya no le cabía la menor duda de que ambos estaban bajo un fuerte influjo hipnótico; pero, de todas formas, era una hipnosis especial, ya que, aparentemente, se comportaban como dos seres normales.
Lo que había oído empezaba a explicar muchas cosas; pero lo que más urgentemente se imponía era impedir que aquellos dos médicos siguieran desposeyendo de su cerebro a los desdichados prisioneros. No eran, en modo

alguno, responsables de nada, pero tenían la fuerza de instrumentos obedientes y sumisos.
Gardner se dispuso a actuar. Nada más que el pelirrojo salió de la estancia para dirigirse a otra vecina, Patrick se movió como una sombra, acercándose prudentemente al profesor, de manera que cuando llegó a él, éste le daba la espalda.
—No sabe cuánto lo lamento, doctor.
Le había tocado suavemente en el hombro y el otro, después de estremecerse levemente, se volvió con gestos de autómata.
El puno derecho de Gardner salió disparado, chocando violentamente contra el mentón del sabio; después, antes de que Fredson se desplomase, Patrick lo cogió con ambos brazos y lo depositó suavemente en uno de los sillones vecinos.
—Vamos a por el otro —dijo en voz alta.
Se dirigió hacia la habitación vecina, un colosal y ultramoderno antequirófano. Knigth estaba atareado junto a una especie de esfera, cuyos manómetros y palancas había empezado a manejar.
El joven siguió el mismo procedimiento y cuando tuvo al ayudante entre sus brazos, después de haberle administrado el mismo enérgico tratamiento, lo cogió, lo llevó junto al profesor y lo dejó sobre un sillón vecino al que ocupaba Fredson.
Nervioso, encendió un cigarrillo.
Su mirada iba de los dos hombres inconscientes a la pantalla por la que el profesor había hablado antes. Si le llamaban, la cosa podría ponerse verdaderamente fea, ya que tendría que ser él quien contestase.
Pero tuvo suerte.
El profesor se desperezó poco después y abriendo los ojos, miró con extrañeza a Gardner, que le devolvió la mirada, acompañada de una sonrisa amistosa.
—¿Dónde estoy? ¿Qué significa esto?
Armándose de paciencia, Patrick le explicó cuanto sabía, haciendo que el médico recordase rápidamente lo demás.
—¿Cómo me sacó usted de la profunda hipnosis, Gardner?
—Un simple puñetazo, profesor; lo lamento.
El otro sonrió, frotándose enérgicamente el mentón; luego, tras ponerse en pie, estrechó vivamente la mano del joven.
—No sabe usted cuánto le agradezco que salvase a mi hija. En realidad, nunca creí que la trajesen; al menos para complacerme. Es curioso —añadió— que no me olvidase de Elma en estado hipnótico. Francamente, no recuerdo nada de lo que he hecho desde que salí de «abajo».
—No se esfuerce en recordarlo, señor —dijo Gardner, pensando en la depresión nerviosa que podía surgir en cuanto se enterase de las intervenciones horribles que había realizado.
Justamente, en aquel momento, el pelirrojo volvía en si. Esta vez fue el profesor quien puso en antecedentes a su ayudante; luego, volviéndose hacia

el joven preguntó:
—¿Cuál es su plan, Gardner?
Patrick estaba pensativo.
—Todavía no lo sé, señor; pero, indudablemente, lo que más interesa es destruir la mente diabólica que dirige todo esto. Los robots, por el momento, no me preocupan demasiado. Tiempo tendremos de pasar por la Sala de Control y enterarnos de muchas cosas más.
—Yo le acompañaré hasta el lugar donde él se halla.
—¿Él? ¿Una sola persona?
—Sí. Yo le reconocí en seguida, a pesar de mi estado. Había visto su imagen en muchísimas emisiones de televisión.
—¿Es un hombre?
—¿Por qué pregunta eso?
—Francamente, después de mi regreso del espacio, llegué a pensar que la Tierra había sido victima de una invasión interplanetaria.
—No, se trata, sencillamente, de Konrad Fischer, el más eminente sabio en Robótica que ha existido jamás.
—Creo que apenas si oí hablar de él.
—No me extraña. Hace diez años, apenas era conocido.
—¿Y ese hombre... ha sido capaz de hacer todo esto?
—Sí. Todavía no sabemos de qué medios se ha servido; pero, indudablemente, ha sido obra suya. Venga, le acompañaré.
—No. Creo que sería mejor que fuese Knigth quien me acompañase, si sabe el camino.
—Lo conoce; pero, ¿por qué no he de ser yo?
—Porque ese hombre puede llamarle, de un momento a otro. Y, al no encontrarle aquí, podría sospechar algo, lo que nos sería fatal.
—Tiene usted razón.
—Yo le acompañaré —dijo el pelirrojo.

CAPÍTULO VI

EL PASILLO estaba ligeramente inclinado, en rampa. Los dos jóvenes lo escalaron rápidamente, desembocando en una sala, dotada de una barandilla, desde la que era visible un amplio patio lleno de hombres y mujeres que estaban sentados, bajo un sol artificial de rayos ultravioletas.
—¿Quiénes son? —inquirió Gardner.
—Fíjese bien en ellos. Todos están sentados, inmóviles, sin ningún interés por la vida. Son los hombres que han sido operados por nosotros.
—¿Cómo? —se extrañó Patrick—. ¿Usted recuerda eso?
—Sí. Yo llevo mucho tiempo aquí, ya que fui uno de los primeros que salieron de abajo. Algunas veces, logré salir del estado hipnótico,

percatándome de mi horrible labor. Entonces trabajaba yo en el quirófano con el profesor Ballinger.
—¿Qué ha sido de él?
—No lo sé. Konrad lo llamó una vez y no lo he vuelto a ver.
—Entonces, ¿el profesor Fredson sustituyó a ese Ballinger?
—Eso es.
—¿Y qué le ocurría a usted cuando escapaba de la hipnosis?
—Me volvía loco y me precipitaba al intercomunicador diciéndole a Konrad todo lo que se me pasaba por la cabeza; otras veces corría hacia su despacho, con la intención de matarle. Pero el pobre Ballinger, bajo el efecto hipnótico, le comunicaba mi estado y él enviaba una de sus malditas esferas verdes que volvía a robarme la voluntad.
Gardner recordó que le quedaban dos pastillas y, sacando una de ellas, se la entregó al otro, explicándole de qué se trataba.
—Recuerdo la «Anti-hipnotina» —dijo Knigth—. Con esto podemos reírnos de sus esferas.
Iban a seguir andando cuando Gardner preguntó:
—¿Qué les pasa a esos desdichados del patio?
—Se les ha extirpado un lóbulo cerebral y han quedado inútiles, sumidos en una especie de vida vegetativa, desprovistos de voluntad, en un estado de abulia espantosa.
—Me ha extrañado mucho la clasificación que hicieron ustedes, cuando llegamos al laboratorio. ¿Por qué la hicieron?
—Porque así sabíamos qué parte del cerebro podía interesarnos. Generalmente, todos los «engramas», es decir todo lo que sabemos y aprendemos, se graba en el lado opuesto al de la mano más hábil. La parte más útil de un hombre que maneja su derecha, está en el lado izquierdo del cerebro; en los zurdos pasa lo contrario.
—¿Y en los ambidextros?
—En los seres que manejan con igual habilidad y destreza ambas manos, las dos partes del cerebro están repletas de engramas; por eso nosotros nos limitábamos a hacer una autopsia... matándolos previamente.
—¡Es espantoso!
—¡No me lo recuerde, por favor! Jamás me lo perdonaré.
—No debe tomar esa actitud, Knigth. Ustedes no tienen culpa alguna y no han sido más que instrumentos inconscientes de una mente malvada, a la que debemos castigar.
Habían llegado ante una puerta.
Señalando una escalera, el pelirrojo dijo al otro en voz baja:
—Usted podría subir por ahí, dirigiéndose hacia los sistemas de ventilación; éstos salen a una altura de unos dos metros en el despacho de ese monstruo. Desde allí, mientras yo le entretengo, haciéndome el hipnotizado, puede usted obrar a su antojo.
—De acuerdo. No intente nada hasta que no me lance yo; puede existir una

trampa y yo la veré mejor que usted.
Se separaron, después de estrecharse la mano. Gardner rogó al otro que esperase un poco antes de entrar.

* * *

Nerviosamente, el profesor Fredson se paseaba, como un león enjaulado, por la ancha dimensión del laboratorio. La importancia de la misión que aquel valiente joven se había impuesto le hacía estremecerse.
Ahora, cuando el efecto de la hipnosis había pasado, su mente trabajaba potentemente, intentando explicarse el misterio de aquella monstruosa ciudad y los proyectos de Konrad Fischer, el más ambicioso de los hombres que había conocido.
Una luz amarillenta se encendió en el fonovisor.
Profundamente emocionado, Fredson se acercó a la pantalla, que acababa de encenderse en aquel preciso instante, dibujando las facciones de un hombre de cierta edad, pero relativamente joven, de amplia frente y ojos extraordinariamente vivos y brillantes.
—¿Ha empezado a trabajar, profesor? Necesito esos cerebros inmediatamente.
A Fredson le temblaron las piernas.
—Sí, señor —dijo con un hilo de voz.
El otro le miraba inquisitivamente. De repente, una sonrisa se dibujó en sus crueles facciones.
—Le llamaba por otra cosa, Fredson.
—Usted dirá.
—Su hija está conmigo. Voy a casarme con ella.
Fue demasiado.
Fredson palideció, hasta que se, hicieron visibles las finas venas de sus plateadas sienes.
—¡Miente! —rugió.
Fue el otro quien se asombró ahora.
Desapareció unos instantes de la pantalla, volviendo en seguida.
—Creí que estaría contento de tenerme como yerno —dijo.
—¡Voy a ir ahora mismo para matarle con mis propias manos!
—Está bien, está bien. Espere, su hija va a hablarle.
La imagen de Elma apareció en la pantalla.
—¡Papá!
A Fredson se le nublaron los ojos.
—¿Cómo estás, pequeña?
—Perfectamente, papá; Konrad es muy amable conmigo y estoy muy contenta...
Siguió hablando mientras Fredson se percataba, con horror, de que la muchacha estaba bajo el influjo de una potente hipnosis. En aquel estado, Konrad no tendría muchas dificultades para lograr lo que se proponía.

Se estremeció de pies a cabeza.
Escuchaba las palabras de su hija y no se atrevía a dejar la pantalla, para que ella no sufriese...
Absorto en los más pesimistas pensamientos, no se percató de QUE UNA PEQUEÑA ESFERA, QUE LANZABA VIVOS DESTELLOS VERDES, ACABABA DE PENETRAR EN LA ESTANCIA.
Ni se percató apenas de que acababa de ser cogido nuevamente en la red.
Repentinamente, la dureza de sus rasgos desapareció y una sonrisa desarrugó su entrecejo.
—¿Así es que vas a casarte con Konrad, hijita?
—Sí, papá.
—¡Qué contento estoy!
Elma desapareció de la pantalla, para ceder el lugar a Fischer.
—¿Qué ha ocurrido, Fredson? — inquirió con voz dura.
—Tenga cuidado, señor. Un joven llamado Gardner, que ha logrado escapar de los prisioneros que llegaron esta mañana y mi ayudante Knigth van a matarlo.
—Muy bien, Fredson; muchas gracias...
Se apagó la pantalla.
El profesor permaneció inmóvil, como si estuviese sumido en profundas meditaciones.
Entonces se abrió la puerta, cuando la esfera había desaparecido tan sigilosamente como había llegado.
Un grupo de hombres penetró en la habitación. Estaban los que habían llegado como prisioneros aquella misma mañana y otros muchos. Iban armados de barras de hierro que debían de haber desmontado en algunas instalaciones mecánicas de su encierro.
—Menos mal —dijo uno— que no obedecimos a ese cabezota de Gardner. Nos colamos entre los prisioneros voluntarios, después de haber tomado las pastillas.
—¡Lo estupendo fue el procedimiento que descubrimos para sacar a los otros de su estado hipnótico —dijo otro de los hombres—. ¡Un simple directo a la mandíbula... y ya está!
Fredson los miraba con el entrecejo fruncido.
—¿Qué quieren ustedes?
—¿Ha visto a un tipo llamado Gardner? —preguntó uno de ellos.
El profesor sonrió despectivamente.
—A estas horas —dijo—, debe de estar a buen recaudo. Como vosotros lo estaréis.
Y antes de que pudiesen impedírselo, se precipitó al fonovisor, gritando desesperadamente:
—¡Los prisioneros se han escapado, señor!
Uno de ellos levantó una barra, con intención de golpearle en la cabeza; pero otro le detuvo.

—¿No te das cuenta de que está hipnotizado? ¡Fíjate y verás!
Un directo hizo que el profesor se desplomase junto a la pantalla del fonovisor.
—¿Ves cómo se arreglan las cosas por las buenas?
Aquella vez, el profesor se recuperó en seguida.
Su mente era un caos en donde no podía ver nada claro. Se quedó mirando a los hombres estúpidamente, sin saber qué decir.
El que se había dirigido antes a él, lo hizo de nuevo:
—¿Ha visto a Patrick Gardner?
—¿Gardner? —Y repentinamente—: ¡Sí, está en peligro!
No tuvieron tiempo de asombrarse; una docena de esferas penetraron en el laboratorio. Al verlas, el profesor gritó desesperadamente:
—¡Cuidado! ¡Quiere hipnotizarnos de nuevo!
Pero uno de los ex prisioneros tuvo una idea genial: lanzó la barra que tenía en la mano, alcanzando a dos de las esferas, que saltaron hechas añicos.
—¡A ellas! —rugió el profesor enardecido.
Nuevos proyectiles surcaron la estancia, demostrando una puntería ciertamente prodigiosa.
Dos minutos más tarde, ya no quedaba ni una sola de las perniciosas y diabólicas esferas.
De golpe, Fredson lo recordó todo y apoderándose de una barra, que arrancó, con la ayuda de uno de los muchachos, de una mesa funcional, tomó el mando del grupo.
—¡Os conduciré hasta él! —gritó—. ¡Hemos de correr en ayuda de Gardner!

* * *

Gardner, después de avanzar dificultosamente por el estrecho conducto del tubo de aireación, descansó un poco. Después desembocó en un espacio lo suficientemente ancho para poder recuperar una postura monos molesta que la que había elegido hasta entonces.
Un poco más allá, se situó ya en el reborde de una especie de cornisa que daba a una estancia de unas dimensiones colosales, cuyas paredes estaban repletas de libros.
Era el despacho de Konrad.
El germano estaba junto a una mesa, consultando unas notas. Después, se levantó y oprimió uno de los botones que había sobre la mesa. La pantalla se iluminó y Gardner vio en ella un rostro que le era completamente desconocido.
—¿Qué hay de nuevo? —inquirió Konrad.
—Todo va bien, señor. Hemos bombardeado las zonas rebeldes, al sur de Metrópolis-Nueva York. En Asia, el enemigo huye hacia los desiertos centrales.
—Esperad a que se concentren. ¿Qué noticias hay de Metrópolis-Moscú?

—Excelentes. Las bandas rebeldes fueron destrozadas por los proyectiles teledirigidos de la ciudad.
—Perfecto. Ocúpese de que terminen todas las resistencias parciales. Renueve, ahora mismo, las dotaciones de proyectiles teledirigidos a todas las metrópolis. Comunique a los robots-jefes que Ultrametrópolis está orgullosa de su comportamiento. ¡Doble dosis de energía cerebral para ellos!
—Perfectamente, señor.
La imagen se esfumó de la pantalla y Konrad se dirigió al fondo del despacho, abrió una puerta y se hizo inmediatamente a un lado. Un hombre viejo entró en la estancia.
Sus cabellos eran completamente blancos y Gardner se estremeció al percatarse de que aquel hombre llevaba unas esposas que le ceñían cruelmente las muñecas.
El hombre avanzó despacio, demostrando una decadencia orgánica muy acusada; sin embargo, su mirada -una mirada límpida- estaba llena de energía, como si todo lo que quedase de fuerza en su cuerpo se hubiese concentrado en sus ojos.
Dejándose caer en uno de los sillones miró al otro a los ojos; después, con voz recia y segura inquirió:
—¿Qué quieres?
Fischer parecía turbado ante la serenidad del anciano. Pero, dominándose, logró sonreír.
—Te he sacado para decirte que mi obra está casi acabada.
—¿Qué quieres decir con eso?
—Que dentro de muy poco, quizá dentro de unas horas, mis enemigos habrán desaparecido de la faz de la Tierra y seré el dueño absoluto.
—¿De qué serás el dueño? ¿De una población de robots? ¿De un pueblo de muñecos mecánicos? ¡Fuiste siempre un loco, Konrad Fischer! ¡Un pobre loco!
—Lo dices porque te come la envidia, Ballinger. Fuiste el único hombre al que me confié. Tenia fe en ti y creí que me ayudarías. Me hiciste confiar en la creación de unos robots que alcanzasen casi una perfección humana...
—Enloquecí, en aquel entonces, enviciado en tu atmósfera de demente. Pero, por fortuna, me di cuenta de lo que te proponías. Además, lo de los robots casi-humanos no era más que una alucinación tuya.
—¡No es verdad!
—¿Por qué no?
—Porque ahí están las pruebas. Todas las metrópolis del mundo, creadas por los robots en pocos días, gracias a nuevos procedimientos de trabajo, están mandadas por robots de clase A, en cuyo interior colocamos sustancia cerebral humana... ¡Y han vencido a los hombres!
—Quimeras. Hace mucho tiempo, cuando trabajamos los dos, ocultos en mi laboratorio, creí en todo eso. Pero el tiempo ha pasado y me he percatado de que, además de ser la más horrenda de las monstruosidades, sería

completamente inútil.
—¡Estupideces!
—No, verdades. A pesar de que el semi-cerebro que llevan los robots de clase A, está bañado en sustancias alimenticias especiales, que prolongan su vida, llegará un momento en que tejidos y células envejecerán definitivamente. Será entonces el principio de un proceso irreversible que acabará con tus sueños de loco. Porque entonces, Konrad, te encontrarás completamente solo, rodeado de muñecos inservibles y de unos cuantos humanos enfermos, tarados de un inhumano tratamiento de hipnosis prolongada.
—Estás delirando.
—No. Te estoy bosquejando el negro porvenir que te espera. Fuiste tan canalla como para destruir la vida humana sobre la Tierra. Después, cuando llegue la hora de tu muerte, dejarás un planeta poblado por máquinas que se irán parando, poco a poco.
—¿Y mis hijos, Ballinger? ¿Los olvidas? ¿Ignoras que voy a casarme y que entregaré a mis descendientes el más poderoso y seguro imperio del universo?
—¿Quién es esa pobre desdichada?
—La hija del profesor que te sustituyó, imbécil: Elma Fredson.
Un grito de rabia resonó a su espalda.
—¡TÚ NUNCA TE CASARÁS CON ELMA, CANALLA!

CAPÍTULO VII

PATRICK SE dejó caer desde la cornisa, del sistema de aireación, cayendo a la espalda de Konrad, con la pistola empuñada.
Fischer se volvió, pálido como el papel.
—¿Eres el célebre Patrick Gardner?
—Sí. Y me alegra que me conozcas...
—Cuando Fredson me dijo tu nombre, recordé que eras uno de los que salieron en el «Audaz».
—Eso no importa nada ahora. ¿De qué conoces a Elma?
El otro sonrió, ya dueño de sí y sabiendo todo lo que podía sacar de aquella situación.
—Está a buen recaudo, amiguito. Es mi prometida...
Patrick avanzó, loco de furia, lanzando un puntapié a una de las piernas de Konrad. El sabio se dobló, por efecto del dolor.
—¡Me las pagarás, maldito!
—Un movimiento en falso —dijo el joven, acentuando las sílabas con frialdad— y te levanto la tapa de los sesos. Ya tendré tiempo de encontrar a Elma.
—¡Tú no saldrás vivo de aquí!
—No te hagas ilusiones, amiguito. Empiezo a conocer tu famosa «ULTRAMETRÓPOLIS», en la que entré astutamente, liberando a Elma y llegando hasta aquí, a pesar de tus estúpidas esferas verdes.

El otro tornó a palidecer.
—Sí —prosiguió diciendo Patrick—. Saldré de aquí con todos los que esperan abajo. Y luego, cueste lo que cueste, destruiremos las malditas ciudades que has hecho en el mundo. No quedará nada de tus robots y, aunque tendremos que trabajar mucho para llegar a donde estábamos cuando tú realizaste tu ambicioso plan, trabajaremos alegres con la seguridad de que Konrad Fischer no puede hacer daño a nadie.
Había hablado demasiado y, entusiasmado por sus propias palabras, olvidó la debida precaución.
Veloz como un rayo, Konrad se lanzó hacia un rincón.
—¡Cuidado! —gritó Ballinger—. ¡Es la palanca de alarma!
Pero ya era demasiado tarde.
Con una sonrisa de triunfo, Fischer bajó la palanca, al tiempo que gritaba:
—¡Mátame, Gardner! ¡Ahora ya puedes matarme! ¡Doscientos robots del tipo A se dirigen hacía aquí, armados de mi desintegrador térmico! ¡Nada les detendrá!
Patrick estuvo a punto de disparar contra el corazón de aquel canalla; pero le detuvo la idea de que pudiese ocurrirle algo a Elma.
Se sintió tan tremenda e irremediablemente vencido, que tiró la pistola al suelo, a sus pies.
—Usted gana esta vez —dijo—, pero detenga la alarma.
En aquel momento, cuando la puerta cedió, un grupo de hombres, encabezados por el profesor Fredson, irrumpió en la estancia.
Uno de los hombres recogió la pistola.
—¡Has ganado, muchacho! —dijo el sabio, Pero Patrick movió la cabeza negativamente.
—No. Ha bajado la palanca de alarma. Estamos perdidos.
Fredson lanzó una carcajada.
—Nada de eso, jovencito. Antes de salir del laboratorio, destrocé todos los cuadros de conexiones y este despacho está completamente aislado.
—¡Mentira!
La espuma salía por la boca del semienloquecido germano.
—Puedes esperar a tus queridos robots, Konrad —dijo Ballinger.
Al conocerle, Fredson se inclinó ante él.
—¡Profesor!
Luego, percatándose del odioso detalle de las esposas, se acercó decididamente a Konrad.
—¡Dame las llave de las esposas!
El otro obedeció; pero, cuando Fredson se hubo alejado, sonrió nuevamente con aire de triunfo.
—¡No habéis ganado aún, amiguitos! Elma está en un lugar donde nadie la encontraría y si me matáis, jamás la encontraréis...
—Dice verdad —confesó Ballinger—. Hay rincones en esta maldita ciudad que sólo él conoce.

Patrick se mordió los labios.
—Está bien —dijo—. ¿Qué deseas a cambio de Elma?
El otro se hinchó, brillando nuevamente sus ojos de orgullo.
Pero el pelirrojo, que había permanecido en silencio, se acercó a Gardner, susurrándole algo al oído. El rostro del joven se encendió de esperanza.
—Podemos ensayar.
Luego, cuando Kingth hubo salido, el joven se acercó a Fredson.
—¿Está usted seguro de que lo ha desconectado todo, profesor? —le preguntó en voz baja.
—Sí. Konrad no puede hacer nada desde aquí.
Aquello tranquilizó al joven.
Momentos más tarde, Knigth regresaba con una probeta en la mano:
—Aquí lo tienes, Patrick.
—Dámelo.
Tomó el recipiente de cristal y se acercó al germano.
—¿Dónde está Elma, Konrad?
Fischer miró a la probeta, sin dar muestra de nerviosismo alguno: indudablemente, no había comprendido los propósitos del joven.
—Soy yo quien debe imponer condiciones, según creo.
Sonriendo, Patrick destapó la probeta y dejó caer un chorro en el suelo. La dura superficie de «plastikon» empezó a hervir, apareciendo momentos más tarde un orificio irregular que comunicaba con la planta de abajo.
Konrad se estremeció.
—¿Qué es eso? —inquirió, con un tono de inseguridad en la voz.
Fue Fredson quien, adelantándose, respondió a la pregunta del germano.
—Eso es asunto mío, Konrad. En mis ratos libres, terminé de preparar una sustancia en la que había investigado hacía mucho tiempo. Mi estado hipnótico no debió influir en mi interés por esas experiencias: éste es el resultado, el ácido dipropionítrico, mil veces más corrosivo que todos los conocidos.
—Perfectamente —subrayó Patrick—. Y este ácido, querido Fischer, entrará en contacto con tu cuerpo si, antes de un minuto, no nos has dicho dónde escondes a Elma.
Palideció; después, esbozando una sonrisa dijo:
—Quizá sea mejor quedar bien con vosotros; después de todo, las cosas pueden encauzarse bien...
Ninguno entendió aquellas enigmáticas palabras, pero lo importante fue que Fischer indicó al pelirrojo el lugar donde se hallaba la joven. Acompañado por Gardner, que no había dejado la redoma, Knigth se dirigió hacia la biblioteca, apoderándose del libro que el otro le había indicado.
Una masa parcial de la librería giró lentamente descubriendo una lujosa estancia, de la que no tardó en salir Elma, que después de besar a Patrick, se lanzó a los brazos de su padre.
Gardner se acercó nuevamente al profesor germano:

Éste, mirándole sonriente dijo:
—Es curioso observar que cuando algo se hunde y alguien se desespera, hay gentes que se alegran y gozan.
—Porque lo que desaparece era maligno y tiránico.
—Es igual. Fue esa desigualdad emotiva en los humanos la que me llevó a poner en práctica mi proyecto. Hace treinta años, yo apenas era conocido. Diez años más tarde, mi nombre sonaba en todas las ciudades del mundo.
»Por aquel entonces, yo fabricaba los mejores robots del mundo. Cuantos quisieron hacerme competencia fracasaron rotundamente y mi marca se impuso por doquier. Suministraba robots a los cuatro puntos cardinales de la Tierra.
»Hasta que, un poco más tarde, aparecía Ballinger en mi vida. Juntos, en mi estupendo laboratorio, hicimos algunos ensayos sobre unos robots, que provisionalmente llamamos de «clase A». Lo verdaderamente formidable de la idea de mi colaborador era la mezcla de mecanismos delicados con tejido cerebral humano. Las pruebas fueron tan decisivas, que me puse a fabricar robots de aquella clase.
»Pero entonces, mientras comprobaba su gran adaptación y utilidad, pensé que estaba perdiendo estúpidamente el tiempo y qué ninguno de los clientes recibiría jamás un «A». ¡Me acababa de dar cuenta de que estaba creando el ejército que me haría dueño del mundo!
»Mientras, poseía dinero suficiente para poder realizar mi plan. Y mezclados con los otros robots, que eran enviados a todas las ciudades del mundo, envié a mis espías, a mis maravillosos «A» disfrazados de robots corrientes. Después, fui preparándolo todo y creando los robots de aluminio, por cientos de millones, que más tarde iban a servirme para ayudarme a levantar el esqueleto de mis gigantescas metrópolis.
»Un día -el más maravilloso de mi vida- lancé la orden y aquí primero y después en las cinco partes del mundo, los robots crearon ciudades parecidas a ésta y empezaron, como primera labor, a eliminar a los humanos de las capitales, ya que allí residía el corazón y el cerebro de las naciones.
»Lo que hicimos en Londres fue hecho en París, en Berlín, en Madrid, en Calcuta, Tokio o Bogotá. A las seis horas de haber empezado mi colosal ofensiva, podía decirse que el mundo ya estaba entre mis manos.
—¿Y para qué tantos muertos? ¿Para qué tanta miseria y destrucción?
—Ya se lo dije, Gardner. Yo deseaba formar una familia Fischer, en la que no se repitiese todo lo que yo pasé en mi juventud.
—¿Y ahora? ¿Se da cuenta de lo inútil que ha sido todo?
—¿Inútil?
Se lanzó como una exhalación, consiguiendo apoderarse de la redoma que Patrick tenía en las manos. Por fortuna el joven, en un reflejo de defensa, había agarrado, sin darse cuenta, el tapón de cristal esmerilado, quedándose con él en la mano.
Aquello fue la perdición de Konrad.

Al tirar hacia él violentamente, un chorro de líquido incoloro saltó de la redoma, inundándole el pecho.
Elma lanzó un grito de horror.
Cogiéndola entre sus brazos, su padre la alejó de allí.
En aquel preciso instante, mientras el cuerpo del desdichado germano parecía hervir, el visófono, ante la sorpresa general, se iluminó, apareciendo en la pantalla el rostro de un joven.
De todas formas, aquella vez Gardner no perdió ni una décima de segundo y aprovechándose de la imagen incierta que flotaba en la pantalla, echó un paño sobre ella, al tiempo que decía:
—Le oigo, pero no puedo verle. Debe de haberse estropeado mi aparato.
—Señor, revisamos y reconectamos los cables inferiores. Necesitaba comunicarme con usted.
—¿Qué ocurre?
Patrick estaba seguro de que la voz se neutralizaría en el micrófono; además, el joven estaba en estado hipnótico y, por ende, disminuidas sus facultades de discriminación.
—Esperamos la orden, señor, para bombardear los objetivos que faltan. Son muy pocos y todos han sido localizados por los radares.
—Perfecto; pero hay otras órdenes. Vuélvame a llamar dentro de cinco minutos...
Cuando la comunicación se cortó, Patrick se volvió hacia los otros.
—¡Bajen abajo y liberen a cuantos prisioneros haya! ¡Esperen, he olvidado algo!
Volvió a establecer contacto con el Puesto de Mando.
—¡Escuche! ¡Haga relevar todo el personal humano por robots de clase «A»! Luego, diríjanse a la parte baja de la ciudad. Antes ordene que los robots saquen los vehículos y carguen con los humanos del recinto de prisioneros. ¿Cuánto tiempo tardará en hacer todo eso?
—Cinco minutos, señor.
—¡En marcha!
Fredson se acercó a él.
—¿Qué. te propones, hijo mío?
—¡Destruir toda la obra de ese malvado! Vayan saliendo y regresen velozmente a Londres.
—¿Y tú? —inquirió la muchacha.
—Saldré el último. No te preocupes, querida.
Tardó en convencerlos; pero, como el tiempo apremiaba, lo consiguió. Apenas se había quedado solo cuando la pantalla volvió a zumbar.
—Aquí «A-234-L98», señor. Tus órdenes han sido cumplidas.
—Perfectamente. Comunica a las metrópolis de todo el mundo, combinando los nombres por pares, que se autobombardeen, aludiendo a que se han procedido sublevaciones por todas partes. Por ejemplo: Madrid bombardeará a Lisboa y ésta a Madrid en el mismo instante. ¡Que envíen la carga máxima de

proyectiles! No hay humanos en las metrópolis, ¿verdad?
—Sólo robots «A2» y los comunes, señor.
La máquina era incapaz de razonar y aquello era el mayor triunfo del joven.
—Escucha. Hay una excepción: París y Berlín. Cuando hayan cumplido la orden, las otras ciudades, me lo comunicas.
—Está bien.
Patrick se retiró de la pantalla y encendió un cigarrillo. Sonrió tristemente al pensar en el papel que le había dado el destino. No tendría, ni con mucho, tiempo de salir de allí cuando ordenase la destrucción de ULTRAMETRÓPOLIS. Los proyectiles que Berlín y París lanzarían eran demasiado rápidos.
Recordó a Elma y a Peter; pero dominó fácilmente la angustia que se apoderaba insidiosamente de él.
El visófono volvió a zumbar.
—Las ciudades han sido destruidas, señor.
—Correcto. Escucha ahora. Ordena a Berlín y París lo que sigue. Dispondrán la mitad de su reserva en proyectiles, lanzándolas, dentro de quince minutos, contra ULTRAMETRÓPOLIS; dales la misma excusa. En cuanto hayan largado sus proyectiles, ordenarás que hagan lo mismo que las otras metrópolis han hecho. París lanzará el resto contra Berlín y ésta hará lo mismo con aquélla.
—Perfectamente, señor.
¡Quince minutos!
¿Para qué huir?
No se dio cuenta de que dos sombras surgían a su espalda. Una de ellas, más ágil, se acercó, golpeándole en la cabeza con un objeto duro. Gardner se desplomó en los brazos de aquel hombre.
Era Knigth.
—Cargue con él, profesor. Yo me quedo aquí.
—¡No! Yo no podría llevarle; pesa demasiado. Seré yo quien me quede aquí.
Se miraron fieramente, decidido cada uno a imponer su punto de vista.
Pero la voz que sonó tras ellos les sacó de aquella situación embarazosa.
—¡Fuera de aquí, señores!
Se volvieron.
El viejo profesor Ballinger, que empuñaba una pistola, se acercó a ellos.
—¡Largo de aquí! He oído todo lo que ha ordenado Gardner y les quedan muy pocos minutos! Y no me repliquen. Yo, después de todo, tuve algo de parte en los monstruosos sueños de Konrad... ¡Fuera o disparo!
Knigth se cargó el cuerpo de Gardner y salieron, con lágrimas en los ojos.
Al salir de la estancia, el profesor se acercó a la pantalla y quitó la tela que Patrick había colocado sobre ella.
Pulsó el botón.
—Escucha —le dijo al robot que apareció—: ordena que un par de robots preparen un vehículo ultrarrápido en la salida para llevar a tres hombres a

Londres. Retrasa, ahora mismo, la orden que te di para Berlín y París, diez minutos más.
—De acuerdo.
Ballinger tomó asiento en un sillón y esperó. Un par de veces, su mirada se dirigió al orificio que el ácido había hecho en el sitio donde cayó Konrad. Entornando los ojos, sonrió tristemente.
Había dejado la pantalla encendida y no se movió cuando el robot llamó:
—¡Señor!
—¿Qué pasa?
—El coche debe de haber llegado a Londres.
—¿Cuánto falta para que Berlín y París disparen?
—Un minuto.
—Bien.
Y Ballinger entornó los ojos, pensando en la nueva Humanidad que surgiría, sin el veneno de una ciencia que había caído en manos diabólicas. Deseó de todo corazón que los hombres fuesen un poco más buenos, un poco más sensatos.
No pudo oír la llegada de los proyectiles, porque el sonido, humillado, quedaba muy atrás. Pero, cuando las potentes cargas de explosivos tocaron ULTRAMETRÓPOLIS, la conciencia de Ballinger estaba en estado de tranquilidad y paz absolutas.

El polizón

Law Space

EL POLIZÓN
I

O'Neil, el propietario de toda la cadena de periódicos y revistas que acaparaba en el mundo entero la atención de quinientos millones de seres humanos, encendió un nuevo habano; luego, después de lanzar una densa bocanada de humo a la lámpara funcional vecina, se volvió hacia Tlember:
—¿Se imagina usted la tirada, amigo mío?
—Sí, señor; pero también me imagino la cara que pondrá Weber.
—¿Cree que rehusará?
El otro se encogió de hombros.
—Es lo más probable; pero no creo que John lo haga por miedo. Mil veces ha demostrado que no lo tenía. No; estoy convencido de que su negativa estará ligada a la imposibilidad de realizarlo.
O'Neil mordisqueó el habano sin ninguna clase de consideración.

—¿No me ha dicho usted siempre, que «nada hay imposible para Weber»?
—Todo tiene un límite, señor. Ya conoce a los rusos.
—Un poco.
—Pues, por poco que los conozca, se imaginará fácilmente la cantidad de hombres armados que rodearán el cohete, la cantidad de alambradas eléctricas que lo envolverán y la cantidad de balas que pueden acogerse en el cuerpo del loco que intente acercarse a Astrogrado.
O'Neil hizo un gesto vago con una de sus gordezuelas y alhajadas manos, como si desease tirar todas aquellas «cantidades», al igual que un castillo de naipes.
—¿Sabe lo que es un millón de dólares, Tlember?,
—Una fortuna; ya lo sé. Sobre todo, como los que usted ofrece, libres de impuestos.
—¿Y qué dice a eso?
—Que Weber se morderá las uñas al ver que no puede conseguir el convertirse en millonario.
—Eso es mucho decir.
Tlember se encogió de hombros.
—Escuche, señor O'Neil: ¿Cree usted que si la cosa fuese factible iba yo a consentir que Weber ganase un millón de dólares lindos y morondos? Con que hubiese una pequeña posibilidad, por muy diminuta que fuese, sería yo quien me colaría en el cohete que los rusos se disponen a lanzar a la Luna.
El otro sonrió.
—Usted lo hubiese hecho por muchísimo menos dinero, Tlember, si la cosa hubiera resultado más sencilla.
—Es posible... —rezongó el otro.
Luego, saliendo del ensueño en que le habían hundido los dólares y todo lo que con ellos podría hacer, prosiguió:
—Estoy seguro de que nuestro hombre, a pesar de que lleva once años en Rusia y que ha entrado donde nadie se atrevió a meter el pie, se reirá a las barbas del estúpido que le proponga esa locura.
O'Neil rió, ahogándose casi con el humo.
—¿Lo encuentra divertido? —inquirió el otro, con el ceño fruncido.
—¿Divertido? ¡Colosal!
—No veo por qué.
—Sencillo. Usted acaba de calificar, un poco precipitadamente, de estúpido al que comunicará mis deseos a Weber. Lo lamento, Tlember...
El otro entendió perfectamente y poniéndose en pie inquirió:
—¿Cómo? ¿Yo? Porque ha querido decir eso, ¿verdad que sí?
O'Neil asintió con un gesto de cabeza.
—Usted es la única persona que puede convencer a Weber. Él siempre le ha obedecido.
—¡Porque le envié a sitios factibles! ¿Qué imagina que diría si le ordenase volverse cangrejo?

—No exagere, Tlember.
—¿Que exagero? Estoy completamente seguro de que el muchacho me consideraría más cuerdo si le dijese que ha de convertirse en un crustáceo... ¡Pero decirle que ha de viajar «de extranquis» en el cohete ruso... ¡El que exagera esta vez es usted, míster O'Neil!
—Está bien. Yo no me limito a hablar; deseo, ante todo, que ese muchacho me conteste, por intermedio de usted.
Hurgó en sus bolsillos, lanzando una carpetita al otro.
—Ahí tiene el pasaje para el avión Nueva York-Moscú de esta noche. Y un travel-cheque para el Banco americano en la capital soviética. ¡Puede gastar cuanto guste! —Su voz se hizo dura al decir—: Pero regrese con un triunfo, Tlember; será mejor para todos.
Se había levantado y salió de la habitación sin despedirse.
Tlember se quedó allí, sin osar tocar la carpetita, que había quedado sobre la mesa de despacho. Oyó, poco después, el suave zumbido del «Cadillac» de O'Neil que se alejaba, hasta que el silencio volvió a posesionarse de la estancia.
—¡Maldito loco! —exclamó, bruscamente, dando un formidable puñetazo en la mesa.
Y se puso a preparar precipitadamente su equipaje.

II

Tlember atravesó el frío y nebuloso espacio que se extendía desde la pista hasta la aduana; esperó pacientemente a que el gendarme ruso pasase revista a sus pijamas y sus trajes y salió después, llevando las dos maletas hasta donde le esperaba su amigo Weber.
John era un muchacho alto, delgado, espigado y con ojos azules. Su cabellera rubia, desordenada y revuelta como siempre, asomaba por los rebordes de su flexible gris, con el que se cubría la cabeza.
—¡Aquí, Tlember! —gritó jovialmente desde el otro lado de la barrera.
Se estrecharon calurosamente las manos y el joven tomó una de las maletas del redactor jefe. A la salida tomaron un taxi.
—Le he reservado habitación en un hotel de segunda —dijo, cuando estuvieron acomodados en el vehículo—. No hubo nada a hacer para lograr otra cosa: los chinos que han llegado para la Conferencia lo han cogido todo...
—No importa; sólo estaré una semana en Moscú.
Weber se reclinó en el asiento y encendió un cigarrillo.
—¡Vaya, vaya! Cuando leí su telegrama, no quería dar crédito a mis ojos. «Algo importante debe de pasar —me dije— cuando mister Tlember se desplaza personalmente para visitar a la oveja negra de sus cronistas».
Se volvió hacia el otro que, distraídamente, miraba por la ventanilla del coche.
—¿Hace siempre tanto frío aquí? —inquirió Tlember.

—Eso depende; pero yo ya me he acostumbrado. Lo malo fueron los cuatro primeros años.
Se miraron sonriendo, como dos personas que están deseando decirse cosas importantes, no habiendo llegado aún el momento.
—¿Qué tal te va por aquí, muchacho?
Weber sonrió más francamente.
—¡De primera! Ya se pasó la época de las «novatadas». Nos conocemos demasiado los miembros de la información y censura y yo. Saben que cuando me lo propongo, de nada les sirven sus artimañas.
—Ya lo sé. Mister O'Neil está verdaderamente satisfecho de tu trabajo.
—Me alegra oírlo.
Tlember pensó si se alegraría al oír lo que aún tenía que decirle; pero el taxi, al detenerse en aquel preciso instante, cortó sus meditaciones.
El hotel no estaba nada mal, ni tampoco demasiado alejado del centro de la ciudad. La calle era tranquila y la habitación lo suficientemente limpia para satisfacer el carácter exigente de Tlember.
—¿Estás también hospedado en este hotel?
Tlember ignoraba las verdaderas señas del otro, ya que su dirección oficial era un Apartado de Correos.
—No, yo ya pasé el sarampión —dijo el otro, riéndose—. Conseguí un coquetón apartamento de dos piezas en la orilla derecha del río. Un barrio de burócratas, donde no suele haber discursos ni manifestaciones.
—¿Algún amor ruso?
La pregunta sorprendió a Weber.
—Sí —contestó tras una larga pausa—. Pero nada importante; al menos por el momento.
—¿Se llama?
—Katia.
—Lindo nombre.
Tlember se había puesto a deshacer sus maletas y el otro permanecía en pie, fumando su largo cigarrillo ruso.
Hasta que no pudo más.
—Bueno, Tlember; usted gana. ¿A qué ha venido?
El otro, que estaba inclinado sobre el lecho, donde había colocado sus maletas, no se volvió; pero el estremecimiento que le recorrió la espalda no pasó desapercibido al joven.
—¿Es tan difícil? —inquirió.
El otro se volvió y lo miró fijamente.
—¿Por qué dices eso, John?
El joven se encogió de hombros.
—Intuición que tiene uno. Ya sabe que cuando un tipo empieza a dar vueltas alrededor de un asunto es que la cosa no es sencilla ni mucho menos; pero no importa, adelante, señor...
—Está bien, Weber; me alegra que hayas sido tú el que me haya dado el

empujón; pero, antes de decirte el encargo de O'Neil, deseo hacerte una o dos preguntas.
—¡Preparado! Aquí, en Rusia, no he hecho otra cosa durante estos años: contestar preguntas.
—¿Qué sabes del cohete ruso que va a ir a la Luna?
—Bastantes cosas.
—¿Es cierto que lo van a lanzar?
—Sí.
—¿Tripulado?
—¡Naturalmente! A ellos les importa un comino lo que digan todas las sociedades humanófilas del Globo; en realidad, hay cinco millones de voluntarios...
—¿Va con ese «voluntario» algún periodista ruso?
—No. El cohete, en realidad, es un experimento y la prensa no ha tenido acceso a él. Todos los trabajos son dirigidos por el profesor Zunov y naturalmente, se desarrollan dentro del mayor secreto.
Tlember tragó saliva.
—Bueno, chico; creo que ha llegado la hora de decirte lo que se intenta de ti: O'Neil quiere que vayas a la Luna.
—¿Hay algún otro cohete americano?
—No; nuestro director desea que te cueles en el ruso.
—¿Y le ha dejado pasear por las calles de Nueva York, conducir su coche, besar a su esposa, hablar con sus amigos?
—¿Qué quieres decir?
—¡Que debía haberle dejado, con una doble camisa de fuerza, bien vigilado por media docena de loqueros, armados con metralletas Thompson!
Tlember se excusó con un gesto, encogiéndose ligeramente de hombros.
—Yo ya se lo dije, John; te lo aseguro.
—Es imposible. Además, aunque fuese factible, creo que mister O'Neil exagera. ¿O cree que me paga demasiado para lo que hago?
—No se trata de eso, muchacho. La información, en caso de que la lograses, está bien pagada.
Los ojos del periodista aumentaron su brillo. Preguntó:
—¿Como cuánto?
—Un millón de dólares.
Weber se dejó caer, sentándose en el lecho de su jefe. Una extraña sonrisa le daba un aspecto nada tranquilizador. Se hubiese dicho que se divertía de lo lindo, riéndose en su interior de cosas que el otro no podía ni sospechar.
—Ha dicho un millón, ¿verdad?
—Eso he dicho, John.
Hubo un corto silencio; después, mientras Tlember mordisqueaba nerviosamente su cigarrillo, la voz del otro sonó, tranquila y serena:
—Acepto.

III

A Tlember se le abrieron desmesuradamente los ojos, como si una alucinación imposible acabase de aparecer ante él.
—No; no he debido de oír bien. Luego, sin dejar de mirar al otro, que sonreía tranquilo dijo:
—Escucha, John, muchacho: yo siempre te he apreciado y sigo queriéndote. Puedes estar seguro de que la charla que tuve con el patrón no fue nada agradable y que lo de la camisa de fuerza se me ocurrió nada más empezó a hablar. O'Neil no puede echarnos ni a ti ni a mí. El público te conoce demasiado y la competencia también. Cualquier cadena de periódicos te daría doscientos mil pavos de prima porque te fueses con ellos... ¡No hagas locuras!
—No son locuras, Tlember. Katia me servirá mucho.
—¿Katia? ¿Tu novia?
—Si. DA LA CASUALIDAD QUE SU APELLIDO ES ZUNOV.
El otro tardó mucho en contestar; todo el tiempo que le costó cerrar la boca, que se le había abierto desmesuradamente.
—¿La hija del profesor que se encarga del cohete?
—La misma.
—Pero... ¿cómo lo hiciste?
—Verá usted: deseaba sacar unas fotos de la partida del cacharro; algo verdaderamente sensacional, en exclusiva... La única manera era poder acercarse a la pista de lanzamiento. Por eso, muy despacito, busqué la forma de lograrlo.
Sonrió, encendiendo un nuevo cigarrillo.
—Katia estudia en la Escuela Tecnológica de Moscú. No fue muy difícil encontrarla, hablarle y pasear con ella por los jardines de la ciudad. Dos semanas bastaron para que ella estuviera completamente segura de mi amor. Sin embargo, como en las películas de estos temas, ella no veía otro obstáculo a nuestro amor que el que yo no fuese comunista.
—No vas a decirme que te alistaste en el Partido, ¿verdad?
—No, todavía no.
—¿Cómo? ¿Has olvidado la depuración que se hace en Norteamérica? ¿Quieres perder tu puesto?
—Despacio, amigo mío; despacio. Si yo me decidiese a militar en el Partido, sería con el único objeto de obtener las fotos. Y, naturalmente, yo hubiese hablado antes con nuestro embajador, explicándole detalladamente el asunto. Seguro que hubiese aceptado, saliendo después mi fiador, ante cualquier estúpida investigación.
—No olvidas nada —se admiró Tlember.
—Ahora —prosiguió John— las cosas han cambiado. Ya no interesan, por lo visto, las fotografías, sino mi viaje en ese cohete y toda la estupenda información con que puedo volver.

—¿Está prevista... la vuelta?
—Naturalmente. La verdad es que el cohete no llegará hasta posarse en la Luna.
—¿Cómo?
—Girará alrededor de nuestro satélite durante cierto tiempo; luego, más tarde, volverá. De todas formas, es el primer viaje interplanetario del hombre.
—¡Será una información fantástica!
—No lo dude.
Tlember estaba pensando en algo desagradable porque frunció el entrecejo.
—¿Algo marcha mal? —inquirió el joven.
—Estaba pensando en la vuelta. Aunque logres ir en el cohete, te detendrán en cuanto bajes de él.
—No se preocupe de eso. Conozco perfectamente, gracias a Katia, todo lo que el dichoso cohete hará al regreso. Debido a la aceleración de la vuelta, se verá obligado a girar, como un satélite artificial, alrededor de la Tierra. Todas las vueltas están matemáticamente fijadas y por eso sé que pasará, tres veces, sobre el territorio de los Estados Unidos.
—¿Y qué?
—Prepararé un dispositivo, con un pequeño paracaídas, que pueda lanzar en un momento determinado. Así, ustedes poseerán la información aunque yo sea detenido. Por otra parte, los rusos no pueden hacer otra cosa que expulsarme de su país; además, ustedes meterán toda la carne en el asador para que lo hagan cuanto antes. No quiero estar mucho tiempo esperando mi hermoso millón de dólares.
Tlember no daba crédito a lo que oía.
Estaba maravillado —y asustado— de la forma tranquila en que John veía el futuro, como algo que, forzosamente, debía ocurrir así.
—Haré que te preparen un dispositivo minúsculo, con el paracaídas, donde puedas meter toda la información gráfica y tus artículos.
—O. K.
Luego, consultando el reloj dijo:
—Debo irme, señor; Katia me espera.

IV

Pasearon por las calles, penetrando después en el parque. John le había llevado una monumental caja de bombones, que ella llevaba ahora en el brazo.
—Lo he pensado bien, Katia —dijo él, bruscamente.
Ella le miró, parpadeando.
—¿A qué te refieres, John?
—A lo de mi ingreso en el Partido.
—¿Cómo? ¿Te has decidido?
—Sí.

Katia se acurrucó contra él, poniendo su mejilla contra la del hombre.
—¡Qué feliz soy! —musitó.
Él esperó a que ella gozase plenamente del efecto que le habían producido sus palabras; luego, con voz comedida dijo:
—Katia...
—¿Qué quieres, amor mío?
—Necesito liberarme de las cadenas que me tienen atado a mi país. Y, además, quisiera conseguir cierta suma de dinero, que vamos a necesitar en cuanto nos casemos.
—¿Te preocupas tanto por el dinero?
—Sí. Quiero que vivas como lo mereces. Además, con ese dinero podré realizar el sueño de mi vida. ¡Pondré una Agencia de Información en Alemania Oriental! Viviremos en la zona Este de Berlín, en una casita que mandaré hacer allí.
—¡Ya verás qué felices somos!
Ella tampoco deseaba quedarse en Moscú. Hacía muchísimo tiempo que ardía en deseos de conocer el Occidente. Y su viaje a Berlín, siguiendo los hermosos proyectos de John, podría ser muy bien la primera etapa de lo que Katia había querido siempre.
Hablaron de ello, hasta que Weber se dio cuenta de que tenía ganada la partida.
—Con el dinero que saque de la información en el cohete —le dijo—, podremos ser la pareja más feliz del mundo.
—Yo te llevaré hasta donde puedas fotografiarlo.
—No es eso, querida. Tengo que hacer unas fotos de SU INTERIOR.
Ella se asustó.
—¿Has perdido la razón, John?
Pero el joven sabía mucho del arte de hacer ver las cosas de color de rosa. Sus caricias y sus besos fueron, hay que decir la verdad, poderosas palancas que movieron los obstáculos que ella iba colocando. Poco después, Katia se declaró vencida.
—¡Eres tremendo! —dijo, separando sus labios de los del joven.
—¡Y tú la más bonita de todas las rusas!
—¿Sólo... de las rusas?
—¡Y de todas las mujeres del mundo!
Ella sonrió, íntimamente halagada.
—Siempre te sales con la tuya, John...

V

Tlember miró al joven que estaba embutido en aquel chaquetón de cuero. La emoción se pintaba en los rasgos del redactor jefe, que no podía soportar la angustia que se había ido acumulando, durante aquellos días, hasta llegar a

algo verdaderamente inconcebible.
John encendió un cigarrillo y con su tono divertido, que puso los pelos de punta al otro exclamó:
—¡Se esta acercando la hora «H», Tlember!
—¿Sigues decidido, muchacho?
—¿Por qué no? Daré un pequeño disgusto a Katia; pero ya se le pasará.
—¿No podrán detenerte ahora, cuando intentes penetrar en el cohete?
—No. Ya sabe usted que he estado tres veces en el campo, con la muchacha y he podido estudiar detalladamente todos los detalles. Penetraré en el cohete un poco antes de que lo haga el tipo que va a pilotarlo.
—¿Sabes quién es?
Weber movió negativamente la cabeza.
—Eso sí que es un secreto en toda regla, amigo mío. ¡Ni el mismo profesor lo sabe! No es extraño en este país de misterio.
—¿Y si te descubriese en el camino?
—¿Qué quiere usted decir?
—Puede ir armado.
John sonrió, sacando de su cazadora de cuero una «Luger» brillante.
—¿Me cree tonto, Tlember? Si ese amigo mío, que viajará conmigo a través del espacio, se pone un poco tonto...
—¿Estás loco, muchacho? ¡Tú no sabrías hacer regresar el cohete!
—Ni él tampoco.
—¿Cómo?
—Claro. Ya le dije a usted que todo estaba matemáticamente calculado. El cohete volverá, por sí mismo, después de girar alrededor de la Luna.
—¡No sé cómo puedes estar tan tranquilo!
—¿Que por qué estoy tranquilo? ¡Porque estoy completamente seguro de que todo saldrá bien! Mire usted, señor Tlember: ya sabe que me he metido en muchos jaleos y que he salido siempre bien.
—¡Te deseo mucha suerte, muchacho!
Le acompañó, en el coche, hasta donde le fue posible; luego, sin poder evitar la emoción, lo abrazó calurosamente. Después, cuando el vehículo de Weber se alejaba, no siendo ya más que un punto rojo —el del farol posterior— en medio de la negrura de la noche, lanzó un suspiro.
—¡Ni por diez millones haría yo lo que ese loco va a intentar!

VI

—Katia, amor mío...
Ella se estrechó contra él, mientras avanzaban por uno de los oscuros pasillos laterales que rodeaban a la base de lanzamiento.
Faltaba una hora para que el cohete fuese lanzado y la parte central de la base estaba repleta de personalidades científicas que rodeaban al profesor. Desde

donde estaban Katia y el joven podían ver todo lo que acontecía allí.
John lo había calculado todo con minuciosidad. Existía una pequeña compuerta, en el lado opuesto del cohete, por la que se podía penetrar sin ser visto.
—Vendrás en seguida, ¿verdad, John?
Apenas le contestó.
Una emoción creciente se estaba apoderando de él; ahora, ya junto al cohete, la importancia del viaje que se disponía a hacer le envenenaba la sangre.
¡EL PRIMER HOMBRE QUE HABÍA IDO A LA LUNA!
No había dicho nada a Tlember, pero sus íntimos proyectos eran muy distintos a los que había manifestado a su redactor jefe.
«Si hay un paracaídas grande en el cohete —había pensado—, lograré lo que deseo: lanzarme cuando llegue a la Tierra y haya perdido velocidad. No me importa caer en cualquier parte del Globo, excepto en Rusia. Y cuando el cohete aterrice, no encontrarán los rusos más que un cadáver, con la cabeza llena de plomo..., ¡el del hombre que van a enviar al espacio!»
Así, si pudiese llevar a cabo sus proyectos, sería el ÚNICO hombre que habría llegado hasta la Luna.
Y además del millón de dólares que O'Neil le daría -quizá le sacase más-, ganaría muchísimo más al publicar un libro supersensacional.
Era posible que, si mataba al piloto del cohete, no lo dejase en el interior, sino que lo lanzaría al espacio. Así, los rusos no podrían pensar en lo que realmente había ocurrido. Lo tomarían como un accidente inexplicable.
Fue en aquel momento cuando Katia le apretó él brazo con fuerza.
—¿Qué ocurre, pequeña? —inquirió él en voz baja.
—¡Mira! ¡Es el Ejército!
En efecto, un grupo de generales había rodeado a los sabios, empezando una discusión que, desde donde estaban los jóvenes, parecía acalorada. Casi en seguida, un pequeño «jeep» descargó unas cajas que fueron introducidas en el cohete, por un grupo de soldados que permaneció dentro un buen rato.
—¿Qué están haciendo? —inquirió John.
—No lo sé. Papá parece muy enfadado.
Pero John encontró, a su parecer, la respuesta a todo aquel misterio.
—¡Debía habérmelo imaginado! —exclamó con una sonrisa—. El Ejército se ha hecho cargo, en el último instante, de la dirección del experimento. Así el éxito será para ellos...
—¡Canallas! —dijo ella.
El profesor había sido arrastrado fuera, así como los demás sabios. En aquel momento, un hombre en uniforme se despedía de los generales, con fuertes apretones de manos.
«Ése será mi compañero», pensó John.
Y volviéndose a la muchacha:
—No te preocupes, cariño; en seguida estaré de vuelta.
La había cogido por los hombros y la miraba fijamente.

—No sabes cuánto lo lamento, Katia...
Su, puño derecho salió disparado, chocando con la barbilla de la joven, que se desplomó como herida por un rayo, en los brazos de él.
John la besó en los labios, dejándola cuidadosamente en el suelo.
—No sabía que iba a vengar a tu padre, Katia —dijo en voz alta—. Algún día me agradecerás lo que hoy he hecho.
Y se dirigió hacia el cohete.

VII

El lugar que había elegido no era, precisamente, cómodo. Situado en la popa, no lejos de los propulsores atómicos, tuvo que padecer lo indecible, a causa de la formidable aceleración inicial.
Perdió el conocimiento media docena de veces. Al surgir de aquella especie de horrenda agonía, maldecía el momento en que había subido al cohete y echaba pestes sobre O'Neil y hasta sobre Tlember.
Aquello le pareció que duraba una inacabable eternidad.
Luego, más tarde, la normalidad volvió a él, haciendo que olvidase todo lo malo que había pasado.
«Ese cerdo —se dijo— debe de ir sentado en un sillón antigravitatorio y no ha sentido nada. Cuando regresemos, seré yo el que vaya sentado; aunque a él no le hará efecto alguno la aceleración...»
Permaneció escondido hasta que el hambre, siete horas mas tarde, y la incomodidad le decidieron a salir. Sacó la pistola, la montó y abrió la diminuta puerta de su encierro.
La pequeña cámara daba directamente al almacén de víveres y John se sirvió a su gusto, recuperando rápidamente la energía y el buen humor. Subió después por una escalerilla metálica, asomando la cabeza justo para ver la espalda del piloto.
Éste se había quitado el abrigo y John se percató, por los dorados galones de sus hombreras, que se trataba de un comandante de aviación.
Sonrió.
Luego, lentamente, avanzando milímetro a milímetro, fue emergiendo hasta que, al ponerse de pie en la plancha metálica de la cabina, llamó la atención al otro, que se volvió rápidamente.
Como susto, fue morrocotudo.
La piel del ruso cambió en pocos segundos en una gama de media docena de colores; después, lanzando un profundo suspiro, recobró la normalidad.
—¿Quién eres? —inquirió, ya completamente recobrado.
John avanzó unos pasos, sin dejar de apuntar al otro con la pistola.
—¿Qué importa quién pueda ser yo? Aunque, después de todo, puedo decírtelo: me llamo John Weber, corresponsal de la prensa americana en Moscú.

—¡Perro yanqui!
—Comprendo tu cólera, «tovaricht» comandante; pero, a pesar de todo, creo que debes estar contento de tener alguien con quien hablar. Un viaje así, completamente solo, debe de ser muy aburrido,
—¿Qué intentas hacer?
—Ya que estamos en el camino de una buena amistad, puedo explicarte mi misión en este cohete. Los americanos, eso ya lo sabes, son unos fanáticos de las buenas noticias; devoran los periódicos que son capaces de proporcionarles una buena y original información. Yo estoy aquí, amigo mío, para contarles el primer viaje del hombre a la Luna.
El otro sonrió; pero no dijo nada.
—Creo, amiguito —prosiguió diciendo el americano—, que durante el viaje debemos portamos bien. De nada serviría pelearnos, ya que no nos conduciría a parte alguna.
El otro le miraba, sin dejar de sonreír.
—Supongo que habrás pensado en dormir —dijo—. El viaje durará tres días.
—¿Lo dices porque puedes aprovecharte de mí y desarmarme o matarme mientras duermo?
El ruso se encogió de hombros.
—No te preocupes —dijo John—. Te ataré cuando sienta que el cansancio me domina...
Acababa de ver la pistola que el otro llevaba y ordenó con voz fría:
—¡Levanta las manos! ¡Rápido!
El eslavo obedeció.
Cuando John, después de registrarle, sintió el peso de la pistola del soviético en su bolsillo, experimentó una rara seguridad.
—Bueno, amiguito; esto me parece mucho mejor. Aunque, a decir verdad, no puedo explicarme por qué llevabas armas.
—Un militar no puede ir sin ellas —repuso secamente el otro.
Luego se volvió, atendiendo a la marcha de los aparatos. Desde detrás, sentado en el reborde de una especie de cilindro, John le observaba curiosamente, aunque no se explicaba el motivo de todos aquellos manejos, ya que había comprendido que el cohete no necesitaba la intervención humana.
De repente, todas sus sospechas se hicieron palpables.
¡AQUEL INDIVIDUO DEBÍA DE ESTAR MODIFICANDO LA TRAYECTORIA DEL COHETE!
Fue tal su cólera que, sin poderlo evitar, se abalanzó sobre el piloto, propinándole un formidable golpe en la cabeza, con la culata de la pistola.
—¡Perro! —escupió—. ¡Ya no me harás más cosas raras!
Lo ató sólidamente, y lo arrastró hasta el almacén de víveres donde lo dejó. Luego, ya libre, encendió un cigarrillo y se sentó en el cómodo sillón, sintiéndose como nuevo.
—¡Qué bien se está aquí! —dijo en voz alta.

VIII

Una hora más tarde abandonó el sillón y descendió a la cámara de víveres, comprobando que el ruso había recuperado el conocimiento.

—Voy a matarte, camarada —anunció fríamente.

En los labios del otro había la misma sonrisa despectiva de siempre.

—Si me matas—dijo con voz segura—, no podrás hacer regresar el cohete a la Tierra.

—¡No digas tonterías! Katia me explicó perfectamente que el cohete funcionaba automáticamente, con un cerebro electrónico.

La sonrisa del otro se acentuó, al decir:

—¡Qué estúpido eres! Lo del cerebro electrónico era simplemente propaganda para que los occidentales nos admirasen. ¡Mátame si quieres, imbécil, que no lograrás volver jamás a la Tierra!

John se mordió los labios.

Las cosas no empezaban a salirle del todo bien; pero, a pesar de las manifestaciones del ruso, tendría tiempo para matarle cuando se acercasen a la Tierra, de regreso ya a la base soviética.

Le volvió la espalda y volvió a la cabina, sentándose de nuevo.

Estaba cansado.

Habían sido demasiadas emociones juntas y, por otra. parte, no pudo dormir la noche que precedió a la aventura. Por eso se quedó profundamente dormido.

Al despertarse, tres horas más tarde, respiraba fatigosamente, todavía presa de la tremenda pesadilla que había pasado. Había soñado que el cohete se posaba en la Luna y que los selenitas, dotados de tentáculos como los pulpos, le habían capturado, rodeándole con aquellos musculosos brazos, hasta casi hacerle morir por asfixia.

Abrió los ojos.

El ruso estaba ante él, sonriéndole.

¡Y ÉL ESTABA SÓLIDAMENTE ATADO AL SILLÓN!

—Logré desatarme fácilmente —dijo el otro—. Ahora todo ha cambiado, señor Weber.

—¿Piensa matarme?

—¡Nunca, mi querido amigo! Quiero, antes de tomar una decisión definitiva, explicarle algunas cosas. Porque deseo que sufra, como ningún otro ser ha sufrido jamás.

»Moscú deseaba que todo el mundo supiese que habíamos llegado a la Luna. Por eso, en el último instante, el Ejército se apoderó del cohete. Ese cilindro de ahí al lado está cargado de magnesio: ocho toneladas que sustituyeron la carga atómica que hubiese permitido regresar al cohete...

—Pero... —John estaba muerto de terror y no podía hablar.

—Sí —prosiguió el otro—. Necesitábamos que el mundo entero conociese y

OBSERVASE nuestra llegada a la Luna. Y Moscú designó a un voluntario, yo, para que dirigiese el cohete contra el satélite. ¡Imagínese! La explosión, acompañada de la del magnesio, producirá una llamarada visible, no solamente desde todos los observatorios de la Tierra, sino desde muchos puntos, sin necesidad de anteojo alguno.

—¿Y usted... admite ese inútil y monstruoso sacrificio de su vida, esa muerte horrible?

—No. Lo temí cuando usted me ató; pero ahora —añadió, sacando una ampolla del bolsillo— voy a morir como deseaba. Una buena dosis de cianuro, que tomaré ahora mismo... y se acabó. Sin embargo, usted, por el contrario, pasará unas horas horribles, viendo acercarse la muerte, sin poder hacer nada por evitarlo. ¡Buena suerte, «tovaricht»!

Se introdujo la ampolla en la boca, se oyó un «clic» y momentos después se desplomaba sin vida, al lado de John.

A medida que el tiempo pasaba, la Luna era ya perfectamente visible, como un tremendo disco blanco que ocupaba todo el horizonte, LOS CABELLOS DE WEBER SE TORNARON BLANCOS, como si la lechosa luz del satélite hubiese teñido, con su luz mortuoria, el cráneo del americano.

Luego, más tarde, cuando el cohete se precipitaba locamente hacia el satélite, cuyo suelo repleto de cráteres era ya visible, le pareció a John que el ruso, a su lado, se carcajeaba.

Y hasta estuvo seguro de oír la voz del soviético, que gritaba, sin cesar:

—¡UN MILLÓN DE DÓLARES, JOHN WEBER! ¡UN MILLÓN DE DÓLARES!

FIN